

ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

DISCURSO DE INCORPORACION
COMO INDIVIDUO DE NUMERO

DE

DON RAFAEL CALDERA



CONTESTACION DEL ACADEMICO

DON FERNANDO PAZ CASTILLO



ACTO CELEBRADO EL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1967 EN
EL PARANINFO DEL PALACIO DE LAS ACADEMIAS

CARACAS - VENEZUELA



ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

DISCURSO DE INCORPORACION
COMO INDIVIDUO DE NUMERO

DE

DON RAFAEL CALDERA

•

CONTESTACION DEL ACADEMICO

DON FERNANDO PAZ CASTILLO

•

ACTO CELEBRADO EL DIA 29 DE NOVIEMBRE DE 1967 EN
EL PARANINFO DEL PALACIO DE LAS ACADEMIAS

CARACAS - VENEZUELA

EL LENGUAJE COMO VINCULO SOCIAL
Y LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

*Discurso de Incorporación
a la Academia
Venezolana de la Lengua*

Confieso que nunca han sido de mi predilección las frases convencionales con que los oradores se sienten obligados a expresar que carecen de méritos para recibir un honor. No dudo de que en algunas ocasiones sean expresión sincera de humildad; pero me temo que, en la mayoría de los casos, quien proclama tales excusas está, en su fuero interno, seguro de merecer la distinción de que se dice indigno.

Tenga razón o no en este modo de pensar, lo traigo a colación para justificar mi proceder en este caso porque voy a expresar la confusión en que me hallo al ingresar a la Academia de la Lengua. Rompo, al decirlo, mi norma habitual; pero no se trata de falsa modestia. La generosidad de los señores Académicos, desbordada hasta el punto de manifestarse en forma unánime, decidió esta elección; la acepté complacido; pero bien saben algunos que había declinado anteriores ofrecimientos que me fueron hechos de postularme para pertenecer a este alto cuerpo, porque no estimaba poseer credenciales suficientes para recibir tan comprometedora investidura.

No soy un escritor; a lo menos, lo que suele entenderse por tal: no me dedico profesionalmente al cultivo de las bellas letras. No he tenido la voluntad, ni el tiempo, ni la aptitud y vocación necesaria para consagrarme al arte de escribir, para cultivar con elegancia géneros literarios en que la belleza de la forma no sólo es instrumento sino elemento sustancial de la intención creadora. El léxico, con gran simplicidad, llama "escritor" a quien "escribe

libros". Yo los he escrito, pero no he acariciado la ambición de hacer con ellos obra literaria. De esos libros, algunos los he compuesto en interés de la investigación y la docencia; en otros, me ha movido el ánimo de exponer ideas para orientar propósitos y aclarar objetivos; otros, en fin, los escribí para rendir culto a figuras señeras y proponerlas a la juventud como modelos. Pero ello no me parecía bastante para ocupar este sitio, reservado a los maestros del idioma. Si a pesar de todo me decidí a aceptar la elección, debida a la espontánea iniciativa de distinguidos escritores para quienes mi gratitud queda empeñada irrevocablemente, me siento obligado al menos a explicar, por respeto a la Academia y a mí mismo, las razones que tuve para modificar mi actitud.

Primeramente, me ha movido el hecho de que la invitación se me hiciera dentro del año centenario de la muerte de Don Andrés Bello, figura veneranda a la que he dedicado largas horas de meditación, de trabajo y de estudio. La recibí en el tiempo preciso en que me quejaba de que no fuera aprovechada esa histórica oportunidad para hacer una conmemoración trascendente, capaz de llevar la potencialidad ejemplar de aquella vida al alma de las nuevas generaciones, tan urgidas de motivaciones para la acción creadora. Vea desperdiciarse una hermosa ocasión, propicia para hacer inventario de lo alcanzado y de lo no logrado en la vida cultural de América Latina durante esos cien años, en los variados campos que el talento de Bello trajo. Y me animó la idea de recordar, en mi discurso de incorporación, lo que significó la lucha de Andrés Bello por la unidad del lenguaje, en las nuevas repúblicas que fueron colonias españolas, para el ideal de la integración latinoamericana.

En segundo lugar, aunque primerísimo también en el afecto, me movió a aceptar la generosa iniciativa, el hecho de ofrecérseme el sillón que ocupó el doctor José Manuel Núñez Ponte, cuya figura admiré en grado sumo, por la diaphanidad de su vida, su trayectoria límpida y su firme vocación de maestro. Entrar a la Academia es un honor insigne; ocupar el sillón de Núñez Ponte hace doble la honra.

Por otra parte, he acabado por pensar que, si no soy un profesional de la literatura, si no he podido dedicar mi tiempo a la filología o a la gramática, si no soy un especialista en las reconditeces del idioma, al menos me ha correspondido ser de aquellos para quienes el lenguaje, además de instrumento de comunicación, es herramienta indispensable de trabajo, ingrediente de todas las tareas, factor de todas las actividades. Como profesor, en la Universidad o en el liceo; como abogado, en el bufete o en estrados; como expositor, en conferencias o en artículos de prensa; como político, en el diario intercambio de propósitos, aspiraciones e ideales con gente de todos los sectores sociales, soy un esclavo de la lengua, al mismo tiempo que ella es mi indispensable auxiliar en todas las empresas que he pretendido y pretendo acometer. Para ocupar un sillón de esta Academia traigo, pues, el testimonio vivo de lo que el lenguaje significa como vehículo para la comprensión y solidaridad de los seres humanos.

Es, el mío, un testimonio de experiencia. He dialogado con venezolanos de todas las regiones y de todos los sectores sociales. He buscado las formas más a propósito para el entendimiento, para lo cual he debido hacer uso de la palabra hablada o escrita: del artículo de prensa, del folleto o del libro; de la charla sencilla dirigida a campesinos u obreros; de la expresión didáctica enfrentada a las dificultades que plantea la cátedra; de la intervención parlamentaria, apremiada por la urgencia, condicionada por la estrategia y requerida siempre por una determinada circunstancia; del discurso de mitin, en que algunos sacrifican a la espectacularidad y a la agitación emocional el contenido de las ideas, lo que es reprochable, pero en cuya expresión sería impotente la pura frialdad del razonamiento para provocar una efectiva movilización de voluntades; de la conferencia académica, que abarca con frecuencia gran amplitud y diversidad de asuntos, mientras la brevedad impone tremendos esfuerzos de síntesis; o de las charlas de televisión, exigentes de incorruptible sencillez, frente a una lente que descubre el menor artificio ante millones de personas, dispuestas a escudriñar desde la intimidad de sus hogares la menor expresión y a someter al tamiz de su juicio implacable la sinceridad de las ideas expuestas.

Puedo aportar, por tanto, ante maestros del habla castellana, datos obtenidos en una vida de intensa relación con los demás; y si, como Bello decía, el uso popular es el "verdadero y único artífice de las lenguas" (1), yo soy uno de aquellos cuya existencia, determinada por el aforismo aristocrático de que el hombre es animal social, se mantiene a través del lenguaje en íntimo y permanente contacto con la comunidad.

En tal carácter, he llegado a admitir que podría aportar algo, en el seno de este organismo, custodio de la fuerza y de la vitalidad del idioma. Y para incorporarme, he pensado que podría hablar sobre la importancia del lenguaje como hecho social y su significación como factor de primer orden para la integración de la América Latina, noble causa por la cual lucha con entusiasmo mi generación. Me anima el mensaje de Bello, a cuya sombra bienhechora me llego a esta Academia, pues que ante ella me hizo comparecer hace más de treinta años, en un certamen que me permitió asomarme por vez primera al mundo de las letras. Bajo su guía me propongo desarrollar aquel tema en este discurso, después de rendir el debido homenaje a mi predecesor el doctor Núñez Ponte y de recordar en breves frases a los venezolanos ilustres que enaltecieron antes que él el mismo sillón que me toca ocupar.

Recuerdo de mis predecesores en este sillón académico

Tuvo este sitio el privilegio de ser ocupado por personalidades de talla imponente: Aníbal Domínguez, Rafael Villavicencio, Lisandro Alvarado, José Manuel Núñez Ponte. Aunque nombres múltiples, rasgos sobresalientes los definieron en la vida intelectual de Venezuela. Jurista, el primero; científico, el segundo; historiador y sociólogo, el tercero; maestro, el cuarto; todos fueron

señores del idioma y figuras de gran valor humano. Podría decirse que cualquiera de ellos es objeto obligado para quien estudie la historia del pensamiento en nuestra patria, porque brillan con luz inconfundible dentro de la cultura nacional.

El doctor Dominici fue, en 1883, año centenario del nacimiento de Bolívar, uno de los fundadores de la Academia. Tenía 46 años; como Ministro le correspondió refrendar el Decreto del "Ilustre Americano" por el cual se la creó. Descolló en la política, en la docencia y en el foro. Fue Rector de la Universidad Central; Ministro de Fomento y de Instrucción Pública; participó en primer plano en comisiones codificadoras y dejó el mejor exponente de sus conocimientos en su obra "Comentarios al Código Civil", cuyos cuatro tomos servían todavía de texto fundamental cuando hicimos nuestros estudios de Derecho. Esos Comentarios —y otros que escribió sobre el Código de Comercio— constituyen hito de referencia en la bibliografía jurídica venezolana.

El doctor Rafael Villavicencio, filósofo, médico, antropólogo, naturalista y matemático, frisaba los 60 años cuando fue llamado a ocupar el sillón de Dominici. Colaborador de Ernst en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, creador de la cátedra de Historia Natural y del Museo Nacional, discípulo de Agustín Avelado y maestro de Gil Fortoul, Alvarado y Razetti, encarnó una figura singular en nuestras letras. Razetti dijo que él era "de los rarísimos hombres que han tenido sillón de número en todas las Academias porque era sabio en todas las ciencias, en todas las letras y en todas las artes... sin que nunca le faltara la claridad de su verbo persuasivo, hecho para el lenguaje de apóstol". Una síntesis biográfica referente a Villavicencio (2), señala que "sostuvo siempre el saludable principio de que la doctrina evolucionista jamás puede ser contraria a los principios de la filosofía espiritualista", nota que se hace muy actual en esta época en que tanto se estudia la evolución biológica en relación con el progreso humano, y en que se discuten con ardor las concepciones de Teilhard de Chardin. Fue Ministro del Gabinete Ejecutivo, Rector de la Universidad, Magistrado de la Corte Federal y de Casación, y además, "periodista notable y escritor ágil y correcto". Murió el 28 de agosto de 1920.

El 18 de noviembre siguiente fue elegido para sucederle su discípulo Lisandro Alvarado. Don Lisandro asombró también por la multiplicidad de su genio, pero podría decirse que fue, tal vez, el sabio que más se preocupó por penetrar la entraña popular venezolana. Ejerció la medicina andando por la llanura venezolana; sus peregrinaciones fueron un manantial de rico anecdotario; la singularidad de su vida sirvió a Gallegos para caracterizar un personaje de una de sus más célebres novelas. Traductor impecable "de la naturaleza de las cosas", historiador todavía insuperado de nuestra guerra federal, investigador de las neurosis de hombres célebres de Venezuela, cultor de las ciencias sociales, era en el campo de la filología un verdadero especialista del habla común de nuestras gentes. Su "Glosario del Bajo Español en Venezuela" revela un conocimiento profundo no sólo de las fuentes castizas

del idioma, sino también de las maneras peculiares de expresarse, en la riqueza de sus modismos, el alma nacional.

Elogio del doctor Núñez Ponte

Desde 1931, el sillón de Aníbal Domínicí, de Villavicencio y Alvarado, fue ocupado por José Manuel Núñez Ponte. ¡Cuánto me place tener esta ocasión de testimoniarle al doctor Núñez Ponte mi admiración y mi devota amistad! ¡Cuánto me honra el venir a ocupar este asiento que iluminó su prístina figura de maestro! Porque él fue uno de los hombres más pulcros, más honorables, más honestos que han existido en Venezuela en todas las etapas de su historia. Olor de santidad tuvo su vida, como creyente, como esposo, como maestro, como hombre. Al final de sus días, enteramente consagrados al servicio del prójimo, una austera pobreza orlaba sus sienes venerandas (esa franciscana pobreza a que se refirió cuando dijo que "el amor sólo podía arder en su madero seco"). Y nadie, que yo sepa, pudo atreverse en un momento de ligereza o de maledicencia, a poner siquiera en leve duda la integridad de su fe y la rectitud de su conducta.

No sabe uno por donde empezar, para enumerar los títulos del doctor Núñez Ponte a la gratitud de sus compatriotas; pero si tuviera que recoger en apretada síntesis la significación de aquel venezolano, nacido en Caracas el 5 de mayo de 1870 y muerto a los 95 años en esta misma ciudad, me inclinaría a hacerlo en esta trilogía: el maestro sin desfallecimiento, el creyente sin vacilaciones y el escritor sin tacha.

El magisterio fue la actividad central de su vida. Quizás pensó en sí mismo cuando en la biografía de Hernández recordó "la satisfacción con que el maestro hace de la profesión un sacerdocio, contempla el elevamiento de uno, de diez, de cien discípulos mientras él, *ignotus miles*, permanece en la tranquila pero noble penumbra de su posición y continúa impávido, sin desmayar, su tarea incomparable, generadora y ductriz de hombres" (3). Era una bella estampa su patriarcal figura, quizás prematuramente envejecida, en la antigua casona del Colegio Sucre de Caracas, plantel que dirigió por cincuenta y dos años y en el que había sido alumno de los maestros Jesús María Sifontes y Rosendo Noria. De labios de muchos discípulos suyos hemos oído el testimonio de lo que debían al maestro. Estudiante aún, ya enseñaba: dictó clases de Filosofía y Literatura en la Universidad de Valencia (4), y en su propio carácter de alumno prestaba servicios de naturaleza pedagógica (5). Durante su estada en Valencia dio, además, lecciones en casas de familia y en el "Colegio Peñalver": su Directora, la señorita María Isabel Pérez Mujica, fue después la compañera de su hogar y copartícipe de su largo magisterio (6).

Entre la pléyade de sus discípulos cabría mencionar señaladamente a Don Rómulo Gallegos, quien ha ocupado el más alto sitio en la vida política y literaria del país. "Yo tuve la fortuna —dijo una vez Gallegos— de ser discípulo suyo: me enseñó Literatura y Filosofía, como ya él lo ha dicho; y

además me enseñó a enseñar" (7). Esa su condición de maestro del ilustre novelista y político hubo de resonar, por cierto, en el año de 1947, en un incidente en que fui parte. La noble rectificación de Gallegos, de una impu-tación que me había lanzado en medio de la lucha política y que él mismo calificó de "ligereza inexcusable", lo hizo salir a la palestra. En carta pública, inspirada por su pedagógica rectitud y su paradigmático amor por la justicia, se dirigió al discípulo comunicándole su complacencia por su insólito gesto de rectificación; no pudo menos de hacerlo en forma clásica, y con el uso de la frase pauliana "superabundo gaudio", provocó jocosos comentarios, que vinieron a dar un toque inesperado a aquel agitado combate.

Sus alumnos llenaron muchas generaciones. El anciano y virtuoso sacerdote Monseñor Manuel A. Pacheco dijo de él: "fue mi maestro en Valencia, dirigió mis pasos hacia la Santa Capilla y me recomendó a aquella lumbrera del Episcopado Venezolano que se llamó Monseñor Juan Bautista Castro" (8). Episodios enaltecedores se refieren sobre su apostolado. El doctor Atilano Carnevali atribuyó en cierta oportunidad a la educación que le impartiera Núñez Ponte el mérito de un gesto que lo enaltecía (9). René de Sola proclamó su desprendimiento al recordar que, en medio de las dificultades económicas del Colegio, no quiso percibir ningún emolumento si la familia de algunos estudiantes estaba en mala situación (10). Científicos, filósofos, escritores, artistas, figuras de resalante actuación en la política, la diplomacia o la economía, pasaron por sus manos. En esta misma Academia se sientan hombres ilustres que han proclamado con legítimo orgullo su filiación docente de aquel varón insigne. Con razón pudo el Padre Barnola llamarlo "maestro de maestros". El homenaje de gratitud que se le rindió al cumplir noventa años constituyó un brillante testimonio de su obra. Una de las más bellas muestras de su delicadeza de educador la he visto en una compilación manuscrita por él, de la antología preparada para unos "nietos espirituales", los hijos de uno de sus alumnos predilectos (11). ¡Qué regalo más tierno! ¡Qué delicadeza en los detalles! ¡Cuánta sensibilidad en la elección de temas: religiosos, patrióticos, familiares y cívicos, humanos e instructivos!

Porque el doctor Núñez Ponte se esforzaba en educar: no se conformaba con sólo enseñar. Ya para 1908 insistía en la importancia de la formación, por encima de la mera instrucción. La armonía y unidad de los venezolanos para realizar la empresa común, a un siglo de la independencia, decía él, "no se obtendrá sino mediante la instrucción y educación del pueblo. Los pueblos son ni más ni menos que niños, y es preciso estudiarlos y conocerles el carácter para saber dirigirlos, canalizando sus buenas cualidades y haciéndoles desechar sus defectos". Y añadía: "los gobiernos están pues, obligados a distribuir a los pueblos el pan de la enseñanza y de la educación; y los pueblos, obligados así mismo a dejarse instruir y educar. La nación sabia y educada es una nación grande: su sociedad y su pueblo son su orgullo y su corona, sobresalen por el esplendor de la cultura, por la magnificencia de las virtudes, por la pureza e integridad de las costumbres. Esos son los pueblos que, si se extreman en el cumplimiento de sus deberes, saben también usar y defender sus inalienables derechos... La educación es la formación

y elevación de las almas, es la obra por excelencia que las apercibe para todas las actividades y esferas de la vida. Y, sin embargo, entre nosotros nada se ha hecho para reconocerla y acreditarla como el primer remedio humano y sí mucho para desvirtuar sus máximas e insinuaciones redentoras. No vacilamos en decir que aquí está nuestra necesidad suprema: nos ha faltado ese filtro depurador de los espíritus; mientras no hayamos depositado y cultivado con esmero la semilla de la educación en el corazón del pueblo, nuestra tierra seguirá siendo campo de Agramante, sitio erial de banderías. terreno maldito que no puede producir, por más que con otras aguas se le riegue, los frutos sazonados de la justicia, del orden y de la libertad; mientras no hayamos amasado el alma popular con el fermento de la educación, la República no adquirirá consistencia ni fortaleza *para gobernarse por sí misma y mejorar*" (12). Esa concepción lo inspiró cuando presidió la Unión de Profesores y Maestros Venezolanos y cuando sostuvo que el Día del Maestro debía celebrarse en el natalicio de Don Andrés Bello.

Su preocupación por la formación humana se afincaba en una acendrada convicción religiosa. A sus creencias fue fiel hasta la muerte. Como Bello, encontró en la religión consuelo para soportar hondas penas. Buscó dejar en sus alumnos un fondo de creencia capaz de renacer, incluso, en los que tomaron otros caminos filosóficos. Para fortalecer la aceptación de los valores espirituales, muchos de sus mejores ensayos se dirigieron a exaltar figuras de santos y creyentes. Quizás sus trabajos filosóficos más importantes fueron los concernientes al Obispo de Hipona (13); pero ya antes había presentado, a un pueblo devoto de sus excepcionales virtudes, la biografía más autorizada que tenemos del doctor José Gregorio Hernández (14). Produjo sobre el *Poverello* de Asís un ensayo pleno de contenido y de ternura, ternura de místico, de creyente y de artista que exalta la alegría franciscana: "La alegría en la pobreza, la alegría en el trabajo y el sufrimiento, la alegría en las contradicciones y amarguras, la alegría en la humildad y en la penitencia. La alegría le es una oración y la oración un manantial de alegría" (15). Recogió en ordenada relación los hechos más notables de la Madre Isabel, fundadora de las Hermanas Franciscanas (16). Escribió con veneración afectuosa la biografía del Arzobispo Castro, esa robusta personalidad de la Iglesia venezolana, cuya secretaría ejerció cuando era apenas un adolescente (17). Rememoró al "óptimo prelado" Silvestre Guevara y Lira (18); hizo el elogio del Licenciado Agustín Avelo, cuya vida compendió "en este vocablo siempre sonoro, en este concepto jamás caduco, en este ideal fresco y de actualidad en todo tiempo: la Caridad" (19); demostró ferviente devoción eucarística y mariana, como genuino creyente hispanoamericano (20); y manifestó rotunda adhesión al pontificado romano como católico integral. Cuando el hoy Cardenal Fernando Cento promovió, como Nuncio en Caracas, unos certámenes para despertar en los estudiantes interés por la historia del Papado, en el Colegio Sucre halló el primero y más destacado concursante (21).

Ese cultivo de los valores religiosos coincide con una época adversa para la manifestación de la fe. De allí que a veces sus escritos tengan aspecto de defensa y con frecuencia adquieran sabor de admonición. Esto encontramos en el elogio

a su predecesor en la Academia: recuerda los días en que él, Núñez Ponte, fue su alumno de Filosofía; apunta sus alusiones entusiastas de entonces a la filosofía agustiniana; añora el que “cuando el doctor Alvarado leía nuestra cátedra de Filosofía a que aludí al principio, era profundamente religioso —hasta oía la misa embebido en su libro de oraciones—, dirigía nuestro pensar con familiar cariño y nos regalaba con sabrosísimas lecciones de lenguaje, incitándonos al estudio y aprecio de las humanidades clásicas”, y después de dolerse de que hubiera “cambiado en ideas”, hace largo elogio de sus dotes humanas, de sus eruditos conocimientos y de su pasión por el saber, para terminar con estas palabras: “sea perpetua paz a la memoria de aquel que viendo llegar su Obispo (Monseñor Granadillo, q.g.h.) a su lecho de enfermo, solicitado por una humilde emoción prorrumpió: *unde hoc mihi?... non sum dignus*” (22).

Su posición de divulgador y defensor del pensamiento católico le mereció honrosa condecoración vaticana, y explica el que durante algunos años, al servicio de su credo, hubiera ocupado la dirección del Decano de la prensa nacional, el diario católico “La Religión”.

Su misma vocación de maestro le hizo destacar con fines de ejemplaridad las figuras de los personajes más importantes de nuestra historia y suscitar interés por los grandes objetivos nacionales. Una de sus primeras y más interesantes publicaciones, hecha en la transición de 1908, tuvo el ánimo de preparar el espíritu de las nuevas generaciones hacia la conquista de un mejor destino, con ocasión del centenario de nuestra independencia (23). Dio numerosas pruebas de su acendrada devoción por Bolívar (24). En 1930 promovió, en el Colegio que dirigía, un digno homenaje a Sucre, con motivo del centenario de su muerte (25), y fue el primero en celebrar en Venezuela una Semana de Bello (26).

Entre las otras figuras de nuestro siglo XIX que puso especial empeño en exaltar, de las cuales debemos recordar también a Rafael María Baralt (27), se destaca la de Cecilio Acosta, a quien hizo rendir homenaje en el Colegio Sucre, tanto en el centenario de su nacimiento, el 3 de febrero de 1918, como en el cincuentenario de su muerte, en julio de 1931. Con singular acierto el maestro Núñez Ponte, al destacar los méritos de Acosta, para arengar a los jóvenes, incitándolos a trabajar y a aprovechar la “odre clásica para depositar en ella el mosto nuevo”, hizo un parangón, sugerido por la similitud de fechas, entre Don Cecilio, “una de las más limpias amables figuras de letrado, noble también, modesto y valeroso, leal a toda prueba a la causa del honor y la verdad, alma plena de amor y de pureza, airoso paladín de Minerva, adorador galante de las musas” y el Abel de Colombia, “aquel varón ilustre y bizarro, encarnación de la pureza y la modestia entre los próceres, siempre adicto al honor y a la lealtad, valiente y noble siempre, encendido en amor y dulce de clemencia, y cuya gallarda prestancia le señaló en toda coyuntura como diestro estadista y el más gentil caballero de Belona”. “Permitidme decirlo, señores, exclamó: ¡Acosta es el Sucre de nuestras letras!” (28).

Su pluma estuvo presta y su palabra se mantuvo fluida a lo largo de su dilatada existencia. Aprovechó los temas de la cultura, del patriotismo y del bien para su perenne interés pedagógico. Fue prologuista de importantes libros (29). Entre las importantes compilaciones que hizo y prologó, deben citarse la antología intitulada “Venezuela literaria a Cervantes” y el volumen de “Páginas Perdurables” del poeta y sacerdote Carlos Borges (30). En el periodismo, no sólo hay que acreditarle la dirección del diario “La Religión”, ejercida durante algunos años, sino también la de algunas revistas (31). Arduo sería incluir en este elogio una presentación, y menos una exégesis, de las numerosas publicaciones, folletos y opúsculos, fruto de mi predecesor. Pero no puedo dejar de mencionar dos importantes producciones suyas. Una, el ensayo, de trascendencia histórica, acerca de la abolición de la esclavitud, presentado en un certamen que promovió el doctor Alejo Zuloaga, Rector de la Universidad de Valencia, instituto en que recibió el Doctorado en Ciencias Políticas en noviembre de 1897 y del que, creado de nuevo, se le hizo Doctor Honoris Causa en mayo de 1960. Ese estudio, del cual ya van tres ediciones (32), fue laureado con todos los honores y realzado con el Premio del Año de la Academia de la Lengua en la fecha de su presentación: lo caracteriza el profundo humanismo de quien sabe que el pivote de todo orden social legítimo es el respeto a la dignidad de la persona. Otra, su disertación sobre la Importancia Cultural del Castellano, discurso de recepción en esta Academia Venezolana de la Lengua (33), que al decir de Gil Borges era “una oración plena de altos pensamientos y belleza de estilo”, “consagratória de su reputación como pensador y como uno de los oradores más castizos y elocuentes de nuestra patria”.

La vida de Núñez Ponte fue por todos conceptos ejemplar. “Es un cristal sin manchas tu conciencia”, le dijo en inspirado soneto Jorge Schmidke; y en un emocionado poema, Hugolino Hernández le llamó “en las jornadas de la vida diestro, en las negruras de la noche guía”. Al morir, casi centenario, dejó una obra de impresionantes proporciones. Ocupar el lugar que él llenó es exultante, aunque sobrecoge saberse en la imposibilidad de suplirlo. Aquel hombre significó mucho, de manera especial, para la Academia de la Lengua. No fue un individuo de número más; durante varios años era el hombre-Academia. Fue su director durante 23 años, desde 1941 hasta 1964; pronunció los discursos de contestación al incorporarse ilustres individuos de número, como Mario Briceño Iragorry (34), Monseñor Nicolás Eugenio Navarro (35), el doctor Jesús Rafael Rísquez (36) y nuestro Director actual, el Presbítero Pedro Pablo Barnola (37). De tal modo se identificó con esta institución que cuando, agobiado por la edad, los quebrantos y los padecimientos, dispuso dejar su dirección, fue designado Director Honorario, distinción que se le mantuvo hasta su muerte. El día 16 de junio de 1965, al bajar a la tumba, se cerraba una etapa en la vida de la Academia. El nombre de José Manuel Núñez Ponte será siempre uno de los más relevantes en la lista preclara de sus altos valores.

Permitidme ahora, para penetrar al tema del discurso, insistir en la importancia del lenguaje para la vida de los hombres, en el seno de cualquier sociedad. Sin él no hay comunicación posible; es él lo que al mismo tiempo permite la interpenetración de las conciencias y viene a reflejar, con el devenir de los tiempos, la fisonomía propia de una comunidad. Si Aristóteles definió al hombre como animal social, habría podido equivalentemente definirlo como animal parlante. Y si Cicerón dijo "donde está la sociedad está el derecho", podría haber expresado, con igual propiedad, que donde está la sociedad está el lenguaje. Por algo, grandes juristas como Savigny elaboraron su teoría sobre el origen y fundamento supremo del derecho haciendo una sugestiva comparación con el lenguaje; por algo, grandes filólogos como Bello trasladaron a su interpretación del derecho el encuentro de la misma armonía que ya habían descubierto en las sutiles relaciones del habla de las gentes.

El enlace entre lenguaje y sociedad es evidente. Aquél refleja, de una manera inconfundible, la manera de ser y de pensar, las reacciones y las relaciones humanas hasta el punto de que para muchos la unidad del lenguaje constituye la definición casi única de una estructura nacional. El lenguaje es, así, un producto social; pero es cierto que, producto de la intercomunicación entre los hombres, se convierte cada vez más en factor cohesivo que mantiene y afirma los lazos de la interdependencia. Ya lo dijo el propio estagirita: "la razón por la cual el hombre es, más que la abeja o cualquier animal gregario, un animal social es evidente: la naturaleza, como solemos decir, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. La voz es signo del dolor y del placer, y por eso la tienen también los demás animales, pues su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer y significársela unos a otros; pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, y es exclusivo del hombre frente a los demás animales, el tener, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad" (38).

Esa característica de ser el hombre el único animal con uso de palabra, esa circunstancia de convertirse la palabra en signo para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo que debe y lo que no debe hacerse, se refleja de modo impresionante en la manera cómo Cicerón, filósofo, jurista y conductor, pone en la figura del orador (que en cierto modo refleja los caracteres de su propio ser y transmite la imagen del modelo que deseaba encarnar) la dirección de la comunidad: "tengo para mí que un excelente orador que sea al mismo tiempo hombre de bien es el mayor ornamento de una ciudad" (39). Cuando hacía del orador, con estas frases, el ductor de la comunidad, proclamaba el poder formidable del lenguaje en la dirección de la vida de un pueblo. "Pues no hay materia ajena del orador —dice—, siempre que éste sepa tratarla con gravedad y ornato. A él pertenece el dar prudente consejo en los negocios dudosos; a él, levan-

tar el pueblo de su apatía o refrenar sus ímpetus. La elocuencia sirve a la vez para castigar el fraude y salvar al inocente. ¿Quién puede exhortar con más vehemencia a la virtud; quién, apartar con más fuerza de los vicios; quién, vituperar a los malvados con más aspereza; quién, alabar tan magníficamente a los buenos; quién, reprender y acusar los desórdenes; quién, consolar mejor las tristezas? La historia misma, testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, ¿con qué voz habla a la inmortalidad sino con la voz del orador?" (40).

Este hecho fundamental de comunicación entre quienes integran un mismo grupo humano sorprende, a la vez, por su doble carácter de universalidad y diversidad. Todos los pueblos tienen un lenguaje; cada pueblo, su propio lenguaje. Se afirma lo humano en la aptitud para el intercambio de ideas, propósitos y sentimientos; se afirma el modo de ser de cada pueblo en su manera de expresarlo y en la coerción ejercida sobre todos y cada uno de los miembros del grupo para que lo expresen de una misma manera y empleando los mismos vocablos. Lo de la universalidad no ofrece duda. Como dice Sapir, "entre los hechos generales relativos al lenguaje no hay uno que impresione tanto" (41). Pero, al mismo tiempo, va en el modo de hablar la fisonomía de cada pueblo. El sentimiento de comunidad —comunidad en el origen, comunidad en las emociones, comunidad en las aspiraciones— lo despierta como ningún otro de los instrumentos de cohesión social. Los países de Europa todavía se demarcan por modalidades lingüísticas; de allí que la concepción historicista de Savigny apelara al recurso de la lengua para explicar la formación de instituciones jurídicas diferentes, según las distintas naciones, engendradas de modo similar en "la tenebrosa fragua del espíritu popular". No creemos que el concepto de nación resida esencialmente en la uniformidad del lenguaje; sabemos que naciones distintas pueden tener una lengua común y que hay naciones que mantienen su unidad a pesar de tener en su seno diversas comunidades lingüísticas. Pero, aun así, en este último caso se han venido observando resistencias crecientes que es preciso vencer y que llegan a poner en peligro la propia existencia del Estado.

El lenguaje es instrumento primigenio de comunicación personal, comunicación en que se funda el orden de relaciones dentro del cual nos hallamos inmersos y que constituyen el hecho social.

De allí que la palabra, oral o escrita, siga siendo el medio insustituible para difundir ideales que se desea hacer comunes, forjar propósitos que se aspira compartan todos los miembros de una sociedad. Cuando Cicerón pone con donosura sobre los hombros del orador la conducción del pueblo, toma debida cuenta de este formidable poder; pero tal vez el eximio patricio romano no reparó debidamente en que la comunicación a través del lenguaje no se ejerce solamente desde el orador a los oyentes, sino que es el efecto de una intercomunicación recíproca. El discurso sólo es eficaz en la medida en que lo dicho corresponde a vivencias que existen en quienes lo escuchan. Sin una respuesta positiva, la oración se convierte en perorata. Si el auditorio se siente interpretado, es porque se ha establecido una recíproca comunicación

entre las almas. De allí que el lenguaje constituya un movimiento en doble dirección. El monólogo es el suicidio del lenguaje. El lenguaje se expande en el diálogo y el diálogo es el oxígeno de la sociedad. Por ello se ha podido afirmar que “hablar es apartarse de sí para confundirse con todos”; que “así como la lengua establecida no es sino el terreno de la palabra, así mismo la palabra aparece como el medio necesario de comunicación, que consagra el momento en que la palabra funda un nuevo lenguaje, el momento en que el *nosotros* se realiza en la alianza del *yo* y del *tú*”. Es decir, que “el uso de la palabra aparece así como un elemento constitutivo del *encuentro*” (42).

Evidentemente, el lenguaje constituye el instrumento principal y más importante de comunicación entre los hombres (43). Hablar, escribir, es comunicarse con otros. Esa comunicación se logra en la medida en que los otros oigan. Obras perfectas de la literatura pasaron inadvertidas a sus contemporáneos, y hubo necesidad de que el estado de espíritu cambiara para que se recogiera su mensaje. Hablar, escribir, es dirigirse a la comunidad; para que la sintonía se realice, es absolutamente indispensable que la onda transmitida vaya en la misma frecuencia en que los receptores están dispuestos a captarla. Por eso decía Bello que la filosofía de la gramática debería reducirse a representar el uso bajo las fórmulas más comprensivas y simples. Pero ¿cómo salvar la unidad de los pueblos sin coartar el dinamismo popular en la creación y re-creación del lenguaje?

Allí está el secreto que deben desentrañar los eruditos y en cuya aplicación, las Academias de la Lengua han pasado de su primitiva posición acartonada a una actuación dinámica. Los pueblos recuerdan a menudo que son suyos los fueros del lenguaje y los defienden, negando a los puristas el ascendiente que aspiran a ejercer en su ánimo. ¡Cuántas veces, para dirigirnos a nuestros compatriotas, tenemos que rechazar deliberadamente una expresión castiza, o aun la mera pronunciación cuidada, pues comprendemos que ellas nos pondrían a muchas leguas del corazón de los oyentes! Una frase gráfica de Angel Rosenblat lo refleja muy bien: “le cambian el sabor al sancocho si nos obligan a llamarlo *salcocho*” (44). Pero de ello resulta que el uso del idioma, el descubrimiento de sus leyes y la aplicación de las normas que deben regirlo es tarea de vastas proporciones. Su significación como hecho social desborda lo puramente filológico, gramatical o literario. Y hoy adquiere significación especial para los pueblos de la América Latina, puesto que la unidad del idioma entre ellos es el factor más eficaz en el camino hacia una integración espiritual, política, social y económica.

Bello lo supo ver con toda claridad. Hace 120 años, en abril de 1847, lanzó desde Chile este alerta: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como medio providencial de comunicación y un vehículo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes” (45). Y tras lanzar la voz de alarma ante el posible desmembramiento del idioma, puso manos a la obra en incansable esfuerzo para preservar el tesoro de la unidad del castellano.

Cuervo, después de él, seguía viendo el peligro. Hoy, voces auspiciosas garantizan que el propio signo de los acontecimientos tiende a asegurar la unidad, sin mengua de la variedad. El problema es demasiado interesante para no dedicarle angustiadas meditaciones. Interesa, con el profundo interés de lo que compromete la vida, y requiere profundas reflexiones, que contribuyan a esclarecer el punto fundamental en que se encuentran y deben encontrarse siempre las exigencias de la unidad y de la variedad.

Convencido de la importancia del control social para la convivencia humana y penetrado del papel del lenguaje como poderoso elemento de ese control, considero este tema indispensable para mantener —y hasta para crear— la conexión orgánica que permita marchar con conciencia unitaria hacia la solución de nuestros ingentes problemas.

El lenguaje es “fenómeno social total”. “Expresa a la vez las relaciones de los objetos entre sí y el universo simbolizado al que se refiere la experiencia de los sujetos y que se nombra la *cultura* y más ampliamente la *civilización*”. De aquí que, “vehículo de comunicación entre los hombres, la lengua interviene en la estructura social, cuya cohesión asegura” (46). No quiere ello decir que sea el lenguaje el único factor de cohesión. No se puede afirmar que no haya nación sin unidad lingüística: Bélgica y Suiza, en el viejo mundo, el Canadá en el nuevo, son ejemplos resaltantes de naciones cuya solidaridad se ha forjado entre gentes que hablan distintos idiomas. Tampoco es que quienes hablen la misma lengua constituyan necesariamente un solo pueblo: profundas diferencias hay entre los Estados Unidos e Inglaterra, o entre los países de la Moncomunidad Británica, o entre las varias naciones de habla francesa. No tienen por qué constituir excepción las distintas naciones que hablan español.

Pero algo de verdadero va envuelto en aquellas ideas, aunque como afirmaciones absolutas hayamos debido rechazarlas: la unidad lingüística sigue siendo el mejor instrumento de unidad nacional, y la multiplicidad de lenguas es un factor disgregativo de importancia. Dentro de la gloriosa Bélgica, después de más de un siglo de vida independiente, han aflorado delicadas situaciones en torno al bi-lingüismo estructural; dentro del Canadá se acentúan las tendencias diferenciadoras en el seno de lo que hasta ahora ha parecido una robusta unidad nacional; y hasta en la propia Confederación Helvética, tan respetuosa del modo de ser de cada uno, se han presentado inconvenientes por la atribución de algunas comunidades a algún cantón de grupo lingüístico diferente del suyo, y hasta se han producido hechos de violencia en áreas que quieren imponer su pertenencia a otro cantón con el que tengan comunidad de idioma. Por el contrario, la sola posibilidad de entenderse en una misma lengua suscita un acercamiento que favorece los entendimientos políticos, los intercambios culturales y hasta las relaciones económicas.

A través del lenguaje se nos da una visión del cosmos, una valoración del hombre, de su vida en sociedad, una jerarquización del instrumental que la riqueza, el poder y la técnica ponen en medida variable al alcance de los seres humanos. El radio de acción de las ideas se ensancha en la medida

en que alcanzan mayor amplitud los sistemas articulados que las expresan. El predominio de conceptos e intereses va a menudo parejo con la prevalencia del lenguaje en que se manifiestan. El poder de Roma sobre el mundo hizo del latín la lengua universal; el inglés predomina cuando toman rol preponderante las colectividades que lo hablan; la decadencia de España y la postergación de la América Latina se expresaron en la minusvalía atribuida al castellano en el rango de los idiomas de importancia mundial.

Hablar es patrimonio del hombre, pero del hombre como ser social. Como dijo Vossler "el individuo aislado nunca será elocuente" (47). Cuidar la pureza del idioma viene a ser, por lo tanto, defender la unidad del grupo que lo habla. Cuando ese grupo trasciende los linderos políticos de un Estado, mantener perenne vigilancia para evitar que se disgregue viene a ser, en definitiva, proyección de otro interés superior: el de la unidad de objetivos entre pueblos que por tener un mismo origen y un mismo medio para interpretar su escala de valores, bien pueden y deben acordarse en la búsqueda de soluciones comunes.

El habla hispanoamericana: unidad en la diversidad

Si el lenguaje es, como lo acabamos de ver, el vínculo más espontáneo de solidaridad social, cabe considerar lo que representó el castellano para los diez y ocho países que integran la mayor parte de América Latina y que ejercen su influencia unitaria aun sobre la importante comunidad fraterna de habla portuguesa, el Brasil, y aquella otra, más pequeña, de habla francesa, Haití.

Para el momento del Descubrimiento, el *castellano* acababa de convertirse en *español*: es decir, la lengua de Castilla había tomado por la fuerza de los acontecimientos históricos el carácter de lengua común de la madre patria peninsular, en trance de consolidar su unidad nacional. Al llegar a las tierras de América, era la lengua común de la conquista y, luego, el vehículo natural de la colonización. Entonces ocurrió, como lo observa agudamente Amado Alonso, volver a denominarlo "castellano" para señalar que no era solamente la lengua "de España" sino también de los países mestizos de Ultramar. Continuarlo llamando "*español*", parecía limitarlo a su ámbito europeo. Mientras el nombre de "español" en Europa quería significar que aquella lengua no era sólo la lengua "de Castilla" sino de toda la unidad política consolidada por la unión de los Reyes Católicos, el nombre "castellano" aplicado en América indicaba el origen remoto de una lengua cuya extensión abarcaba todos los territorios del Imperio en que no se ponía el sol (48). De este modo, el habla forjada en hogar castellano vino a tomar resonancia ecuménica cuando se esparció triunfalmente por el nuevo mundo.

La unidad idiomática fue instrumento primordial, al mismo tiempo que objetivo central, en la gran empresa de los españoles en América en el siglo XVI. "Es la lengua española el instrumento de identificación mayor y más válido entre los pueblos que viven desde las estepas del Río Bravo hasta la helada Pampa Patagónica. Idioma e historia tienden, contra los obstáculos de

la naturaleza, un sentimiento de fraternidad que precediendo a los bloques económicos y políticos que acaso surjan en el futuro, sostiene la esperanza y más promisorio garantía del mundo hispanoamericano" (49). A través de la lengua castellana recibieron estas tierras cultura, civilización, religión, formas de pensar y de vida traídas por los conquistadores. Nos transmitieron "la lengua natural, la lengua de la ciudadanía, la lengua materna, la lengua de la familia y de la vida pública, la de los menesteres diarios y la de la alta cultura, la lengua que hace en nuestra necesidad de expresión como una segunda naturaleza; la que nos sirve para ordenar nuestros conocimientos del mundo y nos da como una entrañable filosofía, vivida y sufrida, aunque no discernida en conceptos; la lengua que es como el suelo necesario que pisa toda nuestra vida de relación y también, en mucho, nuestra vida más íntima" (50).

Esa lengua nos llegó en su pleno esplendor: en el momento en que la cultivaban Cervantes, Quevedo, Calderón y Lope, los Luises, el de León y el de Granada, y Mariana y Jiménez de Quesada, en que la usaba Ignacio de Loyola y la convertían Isabel, Carlos y Felipe en mandatos que se cumplían por todo el universo.

Su función unificadora fue de trascendencia incalculable. Historiadores y expositores de nuestra realidad social nos han recordado que en Venezuela, por ejemplo, no había unidad étnica, ni social, ni política, cuando llegaron los conquistadores: estos tenían que hacerse acompañar de una diversidad de intérpretes para dialogar con las numerosas tribus indígenas en las distintas jurisdicciones que habitaban. Ello hizo más difícil la conquista, pero más definitiva la unidad. En toda Hispanoamérica, la unidad lingüística sólo encontró resistencia allí donde una cultura indígena se había desarrollado con vigor; unos cuantos millones de ciudadanos de la gran patria latinoamericana experimentan todavía los inconvenientes derivados de no usar la lengua común, en México o en Guatemala, en el Ecuador o el Perú, en Bolivia o en el Paraguay. Los cronistas no desdeñaron el mandato real de conservar para la ciencia y para la historia los idiomas nativos; los misioneros los aprendieron y recogieron acuciosamente, ordenando las reglas gramaticales que observaban en su uso; pero, desde el punto de vista de la construcción del mundo nuevo, la transmisión del castellano fue un hecho decisivo para la fundación y origen solidario de estos pueblos.

El lenguaje importado echó raíces en la realidad geográfica y espiritual de estas naciones. La extensión social del mestizaje contribuyó a darle, según lo anotaba Don Lisandro Alvarado, el carácter de idioma mestizo (51). No ocurrió así en otras regiones del mundo. No hubo fusión de razas en la India para que la lengua inglesa se convirtiera en vehículo de unidad nacional; no la hubo en las áreas de África Central y Meridional, en las cuales el inglés y el francés son todavía elemento de identificación de las comunidades políticas e instrumentos de comunicación con el resto del mundo. En los países latinoamericanos, la vinculación idiomática fue expresión de un hecho más profundo, por cuanto la lengua aprendida no vino como a superponerse a la estructura anímica del hombre indoamericano, sino que se le dio en la sangre,

se le vertió en las venas, se le entregó como modo de ser volcado en la intimidad de la existencia y abierto de par en par ante la vida.

Sociológicamente, la unidad de lengua es un hecho fundamental en la unidad hispanoamericana y un factor poderoso en la unidad total latinoamericana. Pero, algunos preguntan: ¿es compatible esa unidad con la diversidad palpable que se observa en el modo de hablar y de expresarse en los diferentes países o regiones de nuestro Continente?

El tema es sugestivo y ha sido objeto de penetrantes disquisiciones. Desde luego, una observación inmediata podría alegarse contra la unidad: la diferenciación es un fenómeno concomitante del habla popular; no así del habla culta que se difunde por la literatura. Pero podría decirse que esta última responde al artificio mientras la otra es manifestación espontánea. El argumento es preocupante, pero no decisivo. Cabría responder, con Menéndez Pidal: "la lengua culta y literaria es tan connatural al hombre cuando quiere universalizar sus pensamientos, como la lengua local lo es cuando piensa las cosas más cotidianas y caseras... el habla literaria es siempre la meta a que aspira el lenguaje popular, y, viceversa, la lengua popular es siempre fuente en que la lengua literaria gusta refrescarse" (52).

Concretándonos al habla popular debemos defender el derecho a las variantes propias de cada comunidad nacional, sin mengua de la unidad sustancial que estamos en el deber de mantener. La unidad europea ha venido a abrirse camino cuando se ha reconocido el derecho de cada comunidad nacional a sus diferencias específicas. Entre los pueblos de la América Latina, esas diferencias son menores, pero no carecen de importancia. El sentimiento fiero de independencia con que advinieron a la historia moderna, se conserva en cada una mediante un propósito inquebrantable de afirmación de la propia personalidad. Debemos tener una idea clara de ello, para que la unidad subsista. "Esta unidad, dice Rosenblat, no es incompatible con la diversidad, que es el sino de la lengua. Si no hablan igual dos aldeas españolas situadas en las riberas opuestas de un río o en las dos vertientes de la misma montaña, ¿cómo podrían hablar veinte países separados por la inmensidad de sus cordilleras, ríos, selvas y desiertos?" (53). Cada uno de los hermanos de una misma familia tiene su propia individualidad: la responsabilidad de padre y madre, en su papel de educadores, está en respetar esa individualidad y armonizarla dentro de la unidad familiar.

Unidad en la diversidad: así entendemos la integración de la América Latina. Hemos visto con frecuencia reaccionar, hasta de modo airado, a escritores, periodistas, científicos y aun estadistas de países latinoamericanos, cuando cualquier viajero o personaje de algún país desarrollado formula una apreciación común a todo nuestro continente; les parece insensato el que se nos pretenda englobar dentro de un análisis simplista y el que se propongan panaceas dosificadas a todos nuestros pueblos. Pero, cada vez que esto ha ocurrido, nos ha quedado la duda de cuál equivocación era mayor: si la del extranjero que hablaba de la América Latina como una sola, homogénea y

misma cosa, o la de aquellos latinoamericanos que pretendían sobreestimar las diferencias nacionales hasta el punto de ignorar las concordancias fundamentales.

Somos distintos, es cierto; pero, por encima de nuestras diferencias, somos un solo pueblo. Como lo dice el himno nacional de Venezuela, somos una sola y misma nación; una nación que se expresa con peculiaridades que bien pudieran llamarse localistas y presentan heterogeneidades causantes de problemas específicos en algunos lugares. Somos, podría decirse, una nación que marca, en sus diferentes reparticiones, expresiones características debidas a modalidades de su propia formación y, sobre todo, diferencias de grado o de tiempo dentro de su proceso de cambio. Tales diferencias pueden observarse también, como es natural, dentro de las variaciones idiomáticas que no destruyen la unidad del lenguaje.

Es natural que un venezolano tenga una manera de pronunciar o de construir distinta de la de un mexicano o argentino. Es comprensible que los grupos humanos encuentren modismos diferentes o vocablos diversos para designar fenómenos que ocurren dentro de sus respectivas circunstancias. Nada de extraño tiene que nosotros llamemos "musiú" a quien los centroamericanos llaman "gringo"; aunque la manera diferente de enfocar el mismo hecho de la presencia de un extranjero cuya pronunciación delata su origen foráneo, se refleja en las modalidades de interpretación atribuidas a los dos vocablos. Si dentro de una misma nación se observan los regionalismos que revelan en el modo de hablar una cierta manera de ser, no hay que alarmarse de que se acentúe un modo de ser nacional sensible en la expresión lingüística. Ya lo explicaba un defensor insospechable de la pureza del idioma como lo fue el doctor Núñez Ponte: "todas las lenguas sufren cambios, modificaciones y desgastes de vario linaje, así en el orden fonético como en el semántico, todas son susceptibles de provincialismos o diferencias localistas, y hasta en ello se puede descubrir la psicología misma de los pueblos; en todas se ven transformaciones de palabras, introducción de vocablos nuevos, consecuentes a las relaciones sociales, a la influencia de otros idiomas, al desarrollo de las industrias, a los nuevos comercios y profesiones, a los progresos e inventos, porque todos son causas y motivos que actúan naturalmente sobre el lenguaje. 'Hay despojos que se deben abandonar; pero hay un tejido íntimo que hace parte de la comprensión y no cabe que se pierda', decía Cecilio Acosta" (54).

Pretender una unidad lingüística que envolviera la supresión de los particularismos nacionales y locales sería monstruoso; sería casi tanto como aspirar a la unidad política sin respetar las soberanías nacionales. Pero, así como cada soberanía no empece el ideal de un entendimiento unitario y armónico entre países de común origen, modo de ser análogo y solidario destino, asimismo debemos entender que dentro de la unidad del castellano es lógico aceptar la expresión vigorosa de la lengua, que del manantial de los diversos pueblos recibe matices tan variados como pueden serlo las vetas que enriquecen y hermean un tesoro común.

Volvamos de nuevo a la autoridad de Amado Alonso. "Variedad —nos lo recuerda él— no es escisión. El sentimiento de identidad que tenemos para una lengua, como se basa en el conocimiento intuicional de un *sistema* de expresarse, no se lesiona porque en una comarca, en una escuela literaria, o en una época hay algunos *elementos* divergentes, o porque se manifiestan ciertas preferencias en el uso del sistema común" (55). O, al decir de Vicente García Diego: "si puede admitirse la unidad del castellano en España, puede ser admitida la unidad del castellano hispanoamericano... Cada región española y cada nación americana da su tono distinto pero todas dicen la misma canción" (56). Lo que puede expresarse con la autoridad de Cervantes, en frase que para un distinguido escritor "parece hecha para zanjar el problema de las pequeñas distinciones del idioma": "No hay para qué obligar al sayagüés a que hable como el toledano" (57).

Aceptada la unidad, unidad en la diversidad, como diagnóstico del presente estado del castellano en la América Latina, salvando siempre los distintos niveles en los cuales la lengua se emplea y tomando en cuenta el hecho de que nuestra situación actual es resultante de un período de evolución, queda abierta la cuestión de si, respetadas las variantes existentes y futuras y que la naturaleza dinámica del lenguaje impone, es factible y probable el mantenimiento de su unidad. En ese problema reside uno de los interrogantes más graves para el futuro de los pueblos latinoamericanos.

El mantenimiento de la unidad lingüística

El problema planteado lo vio don Andrés Bello como de una gravedad excepcional. Si el lenguaje es producto del pueblo, es fácil pensar que cada pueblo, integrado en comunidad políticamente soberana, vaya elaborando sus propios modismos, convirtiendo su manera peculiar de expresarse en dialecto y finalmente en lengua distinta. Lo que ocurrió al latín en Europa, que quitó el sueño a otros grandes pensadores, como Bello, convencidos creyentes en la indispensable unidad hispanoamericana.

Decidido a evitarlo, el sabio caraqueño escribió su Gramática de la Lengua Castellana "para uso de los americanos". "Mis lecciones —dijo— se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América". Tenía conciencia de que la identidad sustancial del lenguaje exigía, de una parte, su emancipación nacional frente a las normas de la gramática latina que todavía privaban en su tiempo para el estudio y regulación de nuestros usos idiomáticos y, de la otra, el carácter dinámico, la vitalidad de la lengua, la importancia del uso popular y la necesidad de mantener siempre el idioma "como un cuerpo viviente" para que pudiera responder a la mentalidad que los tiempos irían imprimiendo a los pueblos que lo recibieron.

Cuando publicó su *Gramática*, no cabe duda que había en él el vivo temor de que se perdiera la unidad del idioma, poniéndose en peligro lo que, hablando de la patria grande, él y nosotros podríamos denominar la "unidad nacional".

Le preocupaban, al mismo tiempo, el purismo supersticioso y anacrónico, la multiplicación de las anfibologías a causa de las nuevas acepciones dadas a palabras y frases conocidas; pero, sobre todo, le angustiaba "la avenida de neologismos de construcción que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín" (58). Esto dicho por quien como antes expresamos, consideraba la lengua "como un cuerpo viviente", cobraba una significación mayor, puesto que su vitalidad no la entendía como "la constante identidad de elementos" sino como la "regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen y de que procede en la forma y la índole que distinguen al todo". Más aún, por quien afirmaba: "la filosofía de la gramática la reduciría yo a representar el uso bajo las fórmulas más comprensivas y simples" (59).

La cuestión la planteaba, pues, no un asustadizo apegado a la rutina, sino un espíritu abierto a la continua transformación del lenguaje a través del habla popular. Tal vez por ello mismo podía medir mejor la dimensión excepcional del asunto, uno de los más importantes que debía enfrentarse su generación, y las generaciones que lo sucedieron.

Bello fue un americano integral. Cuanto realizó lo hizo en función de la patria grande que hoy estamos empeñados en construir. Su poesía, aun penetrada por el paisaje nativo, es patrimonio común de Hispanoamérica. Su concepción del Derecho Internacional no fue forjada con vista al interés de un solo Estado, sino del de la comunidad de estados que habían sido colonias de España. Su obra de legislador tiene valor y proyección continental, como lo tienen sus concepciones pedagógicas, sus análisis sociales e históricos; pero, quizás por ello mismo, dedicó a la conservación dinámica de la unidad del lenguaje sus más hondas preocupaciones. Tuvo conciencia de que sería, como le llamó Menéndez Pelayo, "el salvador de la integridad del castellano en América" (60).

A los cien años de la muerte de Bello, un examen de conciencia de los pueblos hispanoamericanos ha de definir si, en su conducta, el peligro de la fragmentación y diferenciación que a Bello preocupaba, contra el cual elevó admonitoria la autoridad de su voz y frente al cual ejerció con provecho su dilatado magisterio, continúa amenazándonos; o si, por lo contrario, los esfuerzos cumplidos y la misma naturaleza de las cosas contribuyen para que la unidad se salve y sirva como un instrumento de progreso en el camino de la integración.

La discrepancia entre los puntos de vista que podríamos llamar pesimista y optimista acerca del destino de la unidad lingüística en la América hispanoparlante ha contado con sostenedores de sólida cultura y desbordante personalidad. Va envuelta en ella gran parte del destino de estos pueblos. Mantenerla en el primer plano de la preocupación no atañe solamente a los lingüistas, sino a los estadistas, a los economistas y a los sociólogos.

Conocida es la controversia sostenida entre don Rufino José Cuervo y don Juan Valera sobre tan delicada disyuntiva. Cuervo, ilustre y consecuente discípulo de Bello, sentía renovado el temor de la dispersión. Valera, el insigne literato español, fue optimista, y en ello se mostró más capaz de interpretar el sentido de la evolución de los tiempos.

“Con el aislamiento —decía el señor Cuervo— en que por lamentable necesidad vivimos los pueblos americanos, irán creciendo cada día las diferencias ya existentes, y sobre todo si la inmigración extranjera continúa en algunas partes con la abundancia que ha principiado. Seguro también es que se atenúe más y más el influjo de la que fue metrópoli, tanto por la importancia que en cada parte tiene la cultura nacional, como porque acrecentándose ésta se facilita el beber en las mismas fuentes de que ella se alimenta, y aplicar mejor a las necesidades propias las doctrinas francesa, inglesa o alemana. Tendremos, pues, con la falta de comunicación y de normas reguladoras un caso parecido al que se ofrece en comarcas separadas por ríos caudalosos o montañas escarpadas y naturalísimo será que se multiplique y arraiguen las diferencias dialécticas. En qué dirección, con que caracteres especiales en cada región, si predominando unas veces el lenguaje popular, si mezclándose otras con el extranjero, si alterándose la sintaxis más que la pronunciación o que la forma de los vocablos o todo simultáneamente, sólo el tiempo puede decirlo” (61).

Era explicable el hondo sentimiento de inquietud del ilustre filólogo colombiano. No podemos negar que muchos de los hechos que invocaba revestían indiscutible realidad. Su actitud lleva impreso, sin duda, la marca del ambiente latinoamericano de fines del siglo XIX y principios del presente siglo. El aislamiento parecía un sino fatal entre nuestros dilatados territorios; la palabra culta, expresada en libros y en otros impresos, sólo llegaba al alcance de limitadas minorías, por ausencia de educación popular; el contingente inmigratorio desbordaba cálculos y deformaba la manera de hablar en algunas de las más importantes provincias del antiguo imperio español; los localismos, los modismos, el criollismo que en la literatura parecían dirigidos a acentuar la manera peculiar de hablar en cada uno de nuestros países. No había alcanzado el libro tanta difusión, ni el intercambio entre universidades e instituciones culturales era fácil, ni la celebración de congresos científicos, económicos, sociales o políticos parecía siquiera imaginable. Largas jornadas había que aventurar por intransitables caminos para ir de una ciudad a otra, en capitales tan cercanas como lo son Bogotá y Caracas: habría parecido una fantasía ilusoria la de predecir que en *jet* se podría hacer aquel trayecto en una hora y que hombres de negocios o funcionarios de gobierno realizarían el viaje en la mañana para regresar por la tarde. No estaban la radiodifusión, la televisión o el cine hecho o doblado en español al alcance de grandes auditorios; tampoco habían comenzado a soplar en la Real Academia Española, celosa de su función de “limpiar, fijar y dar esplendor” al idioma, los frescos aires de renovación que la han hecho receptiva a las palpitations vitales del ancho mundo hispánico que queda a este lado del océano; ni las Academias hispanoamericanas habían asumido, como lo han hecho después con interés

y con palpable fruto, la tarea de encauzar el desarrollo dinámico del idioma por amplios canales de comprensión, capaces de asegurar su unidad.

Por esto debemos admirar la claridad con que lo vio don Juan Valera: “el aislamiento de las diversas repúblicas entre sí tendrá que ser y deberá ser menor cada día, y sólo en muy remoto porvenir, que va más allá de toda predicción humana, podrá crearle lenguas distintas, acabando por no entenderse los que son hoy pueblos hermanos” (62).

Al cabo de casi 70 años de la polémica entre Cuervo y Valera, la fisonomía de cada nación hispanoamericana se ha acentuado, se han reconocido sus peculiaridades idiomáticas, pero al mismo tiempo se ha hecho más general en sus poblaciones el común lenguaje castellano.

Mientras tanto, todos sus equipos dirigentes han tomado mayor conciencia de la trascendencia vital de aquel objetivo. Tienen presente que dividir el lenguaje no sólo pondría trabas a la comprensión recíproca sino que contribuiría a desarrollar diferencias y tensiones. Ya observamos cómo el bilingüismo está provocando situaciones en extremo difíciles en países de tan vigorosa conciencia nacional y tan elaborada cultura como el reino de Bélgica o el Canadá. En Puerto Rico se están comenzando a señalar los efectos político-sociales del uso de dos lenguas: la lengua propia, natural, histórica, la lengua del amor entre los cónyuges, de la comunicación entre padres e hijos, de la expresión artística y de la elevación a Dios, y la lengua traída por el poder establecido, la de las transacciones comerciales, de las actividades económicas, de la relación con esa parte inmensa y poderosa del mundo con la cual, por obra del acontecer histórico, ha asociado su suerte aquella nación hispanoamericana. ¿Para qué referirnos a los agudos conflictos provocados por minorías de lengua diferente, ya en estados que adoptaron sistemas totalitarios de gobierno o que anexaron por la fuerza territorios ajenos, o ya también en entidades políticas que viven la democracia y creen en ella y que han dejado ejemplo de respeto a los derechos de la persona humana y de decantada civilización?

Las relaciones humanas plantean desde el primer momento la cuestión de las lenguas. “Sería injusto, aunque banal, recordar que los contactos —a menudo brutales —entre culturas, entre regímenes sociales y políticos, entre sistemas desigualmente desarrollados (tanto desde el punto de vista del crecimiento económico, como desde el del desarrollo social y cultural propiamente dicho) llaman la atención sobre los lenguajes. Sería menos trivial y también justo indicar cómo la ‘parcelización’ y la especialización cada vez más intensas de los trabajos, de los conocimientos, de las actividades sociales, llevan al primer plano en cada país, en cada terreno, las exigencias del acuerdo, de la comunicación y del lenguaje” (63).

Los latinoamericanos de hoy nos damos cuenta exacta de que los beneficios de una lengua común sólo son comparables a los inconvenientes de una multiplicidad de lenguas. Los europeos, cada vez que tenemos ocasión de dia-

logar con ellos sobre el tema de las organizaciones regionales y de expresarles nuestra admiración por lo que han hecho, cuando nos quejamos de la falta entre los países latinoamericanos de una serie de factores, reales y espirituales, como las obras de infraestructura, el tejido de vías terrestres y ferrocarrileras, la existencia de economías complementarias y la prevalencia de un pensamiento común sobre los sistemas de gobierno, nos hacen escuchar la valoración, y el lamento que la acompaña, de la gran posibilidad que para los latinoamericanos significa la unidad del lenguaje y el inmenso estorbo que las diferencias lingüísticas han constituido para la integración europea. Los constructores del nuevo Estado de Israel, políticos de gran sagacidad, entendieron que la construcción nacional emprendida reclamaba una unidad lingüística; y en aquel país, que a pesar de sus dos millones de habitantes habla un número mayor de lenguas que grandes concentraciones humanas, decidieron resucitar una lengua muerta, el hebreo, adaptarla a las exigencias de las nuevas realidades tecnológicas y sociales y enseñarla mediante duro aprendizaje a ciudadanos llegados de todos los rincones del mundo, para emplearla como instrumento de unidad nacional.

¡Cuánto mayor es el ámbito que la vigorización de la unidad lingüística ofrece a los pueblos hispanoamericanos! Tenía razón don Juan Valera. El aislamiento entre nuestros países se aminora con el propio desarrollo de la civilización. Los dirigentes latinoamericanos reconocen el deber de salvar la unidad en medio de la variedad, en fórmula de equilibrio dinámico, esencial para el logro de su destino histórico. Los matices peculiares, en medida en que no lleguen a ahondar las rutas divergentes que preocupaban a Bello y alarmaban a Cuervo, enriquecen más bien el patrimonio familiar; la avalancha de términos técnicos y de vocablos que representan nuevas realidades sociales sólo constituye peligro en la medida en que desnaturalice la íntima estructura del lenguaje, ya que ellos por su misma divulgación se uniforman con velocidad sorprendente. Podemos tener fe en que el mito lejano de la unidad no tan sólo ha conjurado la amenza, sino se corporiza progresivamente; y a medida que el tiempo transcurre, se robustece la convicción de que cuidar el tesoro constituido por esa heredad que es la lengua común no es tarea reservada exclusivamente a los gramáticos, ni a los peninsulares, sino a todos y cada uno de los sectores influyentes en todas y cada una de las patrias que integran la gran patria latinoamericana.

Hacia la integración latinoamericana

La América Latina ha llegado a un punto de su vida en que la integración se vuelve imperativo irrenunciable. Ha tomado conciencia de que sus vastos problemas económicos, sociales y políticos no los podrán resolver sus pueblos aisladamente, consumiéndose en esfuerzos infecundos dentro del ámbito de mercados pequeños y de comunidades separadas. Ni siquiera el Brasil, que es casi un continente, cuya superficie ocupa la mitad y cuya población alcanza a la tercera parte de las de toda la América Latina, puede valerse por sí solo para conquistar su destino; y su diferencia idiomática con el español

hispanoamericano tiende a suavizarse en tal medida que la lengua portuguesa hablada por los brasileros se hace mucho más comprensible para su vecinos geográficos que la de los europeos portugueses.

Que hay una unidad latinoamericana, es evidente. Esta unidad se acentúa más entre los pueblos latinoamericanos de habla castellana. "Por encima de las diferencias de todo tipo que fácilmente pueden observarse en Hispanoamérica, se ve palpitar, hoy con mayor intensidad que ayer, la savia de una profunda unidad espiritual, vital, planteada por una unidad de base, por un desarrollo histórico común, por problemas comunes y por un destino común" (64). Los temores que abrigaba el señor Cuervo parecen no corresponder al ritmo del proceso latinoamericano actual. Las predicciones que formulaba con angustia, parecen más bien cumplirse al revés. El movimiento no es hacia la diferenciación, sino hacia la asimilación. El voto de Bolívar en su mensaje a Pueyrredón en 1818, está vigente más que nunca en la hora actual de nuestro continente: "una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad" (65). Testimonios abundantes aportan estadistas, sociólogos, hombres de acción, economistas, científicos, empresarios y gerentes de industria y comercio, profesionales, sacerdotes, estudiantes, literatos, artistas, campesinos y obreros, y aun madres de familia, de que llegó la hora de poner a andar el ideal de la gran patria que soñaron y por la cual lucharon los hombres de mayor estatura que vieron la luz en estos meridianos.

Más que razonable, más que justo, para lograr ese objetivo es indispensable y urgente, y hasta podríamos decir primario, fortalecer ese poderoso factor de unidad que es el lenguaje. En el mundo se habla hoy de crisis del lenguaje, "caso particular de un entrecruce de crisis múltiples —crisis de crecimiento o de declinación— que acompaña a una mutación radical de la sociedad" (66). Cambian las dimensiones del mundo por obra de la tecnología; cambia la manera de vivir de los hombres y esto nos impone el cambio de las estructuras sociales; surgen nuevas voces, nuevos modos de expresión, reclamados por la dinámica de los tiempos. Felizmente, el castellano se ha mostrado apto para acompañar al hombre en esta mutación radical que las nuevas formas de vida le han impuesto (67).

El balance de las opiniones más autorizadas acerca de las perspectivas del castellano en nuestros pueblos —entre unidad y fragmentación— se inclina decididamente hacia las vertientes de la *unidad*. Unidad *dinámica* y no estática, porque, como decía Núñez Ponte, "el idioma es un organismo viviente, activo, que se cambia y perfecciona a la medida de los cambios y perfeccionamientos del medio social en que se desenvuelve" (68). Unidad respetuosa de la *variedad*, porque unidad no es uniformidad, y debe tenerse muy en cuenta la expresiva afirmación de Dámaso Alonso: "Yo estoy sincerísimamente convencido de que toda acción rectora del futuro de nuestra lengua tiene que hacerse con un absoluto respeto a las variedades nacionales tal como las usan los hablantes cultos" (69). Unidad, sobre todo, impuesta por la *convicción*, por el acuerdo libremente mantenido, por el reconocimiento de la común creencia en el imperativo común.

En la marcha agitada de la historia, el rumbo apunta hacia la integración. Sabemos que el castellano afronta en América serios riesgos, como la presión del inglés. Pero, en el parecer de los entendidos, "si fallara nuestra unidad idiomática, sería porque antes hubiera fallado nuestra unidad cultural" (70). Esa unidad cultural nunca puede fallar. Sería la más grave catástrofe, no ya para la América Latina simplemente, sino para la humanidad entera, urgida de que la voz de nuestra comunidad regional de pueblos resuene con vigor como la robusta expresión de los mejores ideales de justicia y paz.

Todo coadyuva al triunfo del ideal bellista en esta hora auspiciosa en que se acerca la integración latinoamericana. Dentro de los hechos objetivos, hay uno que ha sido recalcado por su poderosa significación: la asombrosa unidad del habla culta en los escritores hispanoamericanos (71). Pero, además, el acercamiento de los pueblos es un hecho real, impuesto cada vez más por la índole característica del tiempo.

El movimiento no es hacia la división. Por encima de las discrepancias, alentadas por concepciones distintas de la conveniencia en el orden, o asomadas como expresión de intereses divergentes, cuando comienza el diálogo las cosas andan por sí mismas hacia esa unificación que cuenta con la lengua como una fuente providencial de motivaciones comunes. El intercambio aumenta, no propende a la parcelación del idioma, sino a la búsqueda cada vez más firme de la palabra que todos entienden. Como dice Menéndez Pidal, "la lengua, como una necesidad social que es, necesariamente tiende a la universalidad; y la universalidad, una vez adquirida, es irrenunciable" (72). Si esto puede decirse en función del universo-mundo, con mayor razón puede afirmarse del universo-región, es decir, del universo de quienes no sólo tienen en común la identidad de la naturaleza humana, sino la expresión de esa naturaleza a través de la historia, en su significación actual y en su voluntad de futuro.

Por supuesto, el objetivo de la integración exige siempre la voluntad de los hombres. La voluntad no está ausente en el propósito de fortalecer la unidad de lenguaje. Preservar la unidad no es un acaso: es una *tarea* humana. Por perfecta que fuera el habla del siglo XVI, no pasan en vano cuatrocientos años; no ocurren tantos acontecimientos sin imprimir huella sensible en todos los productos sociales; entre ellos, inevitablemente, el idioma. Como dijera Ortega, "la lengua no es nunca 'simple hecho' por la sencilla razón de que no está nunca 'hecha' sino que está siempre haciéndose y deshaciéndose, o, dicho en otros términos, es una reacción permanente y una incesante destrucción" (73). La obra sutil y misteriosa de los pueblos en la continua reelaboración del lenguaje pondría en peligro la unidad si en cada uno de ellos presidieran valores tendientes a la parcelación; si, al contrario, alientan en el fondo de su alma la aspiración a la unificación y la convicción de su necesidad, su marcha se desarrollará incesantemente hacia la afirmación de una mancomunidad solidaria.

Esto pensaba don Andrés Bello. Por eso, su defensa del idioma pudo prosperar en tal grado, que se siente, al cabo de cien años, como si hubiera

tenido un ciclópeo poder para moldear el curso de los acontecimientos (74). De Venezuela a Chile, su aliento vital se extendió por sobre la inmensidad del nuevo mundo. Fue ciudadano chileno por generosa y enaltecedora distinción, sin renunciar a su ciudadanía venezolana. Le horrorizó pensar que a través de los siglos pudieran chilenos y venezolanos, argentinos y mexicanos, peruanos y cubanos, colombianos y uruguayos, hablar lenguas distintas. Vio la perspectiva continental desde la fría atalaya de las Islas Británicas; la supo ver desde Santiago por sobre las nieblas que a veces ocultan el paisaje, sin poder olvidar que su anciana madre y sus hermanos también contemplaban, en el Avila, un trozo de cordillera andina.

Cuando musitaba en castellano impecable las estrofas de la Oración por Todos, o cuando volvía a recorrer con la imaginación los campos por donde discurrió su juventud, al recitar los versos de la Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida, bendecía a Dios por haber regalado a los pueblos de este continente una nueva dimensión del hombre y el don inestimable de intercambiar sus preocupaciones e ideas en la límpida atmósfera de una sola lengua, precisa y sonora.

Por ello se consagró a sí mismo como campeón de la unidad; por ello, supo señalar caminos para que esa unidad fuera construida y vuelta a construir todos los días por el común esfuerzo, en el renovarse incesante de la vida.

En el momento actual, cuando las Academias se reúnen como iguales en fecundos congresos, se despojan de gazmoñerías y, renovando el compromiso de solidaridad, incorporan todas las voces nuevas que el andar vertiginoso de los acontecimientos demanda, están recogiendo el legado de Bolívar y Bello. Están trabajando por la unidad de nuestros pueblos. Están dando una aportación sustancial a la integración de América Latina. Y al hacerlo, están contribuyendo a preparar la única posibilidad de que estas naciones logren su desarrollo económico, su plena soberanía nacional, la realización de la justicia y la conquista de una vida mejor para sus gentes.

NOTAS

NOTAS

- (1) Obras Completas de Andrés Bello. Volumen V - Estudios Gramaticales.— Caracas, 1951, página 6.
- (2) Ramón Armando Rodríguez, **Diccionario Biográfico, Geográfico e Histórico de Venezuela**. Madrid, 1957, pág. 848.
- (3) Ensayo critico-biográfico sobre el Dr. José Gregorio Hernández, 2ª edición, pág. 22-23.
- (4) **Homenaje de Agradecimiento y Afecto al Dr. J. M. Núñez Ponte en sus Noventa Años**. Caracas, Imprenta del Ministerio de Educación, 1960, páginas 67, 104.
- (5) "El discípulo es quien redacta las lecciones de sus profesores, quien se encarga de sacar de los textos de consulta los ejemplos necesarios a las explicaciones de las clases. Así, por ejemplo, al emprender Tejera la preparación de sus Manuales de Literatura e Historia de la Literatura Española tiene un eficiente colaborador en aquel alumno." **Justicia al Maestro**, artículo por el Dr. René De Sola, en "El Universal", Caracas, 4 de junio de 1938.
- (6) "La generosa hospitalidad y halagadores augurios con que me encariñaba tan gentilmente la gran mayoría de la sociedad valenciana, discurrían solidariándose merced a las loas de algunas excelentes familias que iban comprometíendome a clases en sus hogares, y a la vez, a las que hube de desempeñar en el entonces ya afamado "Colegio Peñalver", instituto al cual pude considerar desde luego nido de amor, pues dependió de él que años más adelante, colmada mi esperanza, fundase el hogar propio en compañía de la discretísima, piadosa y sabia Directora, señorita María Isabel Pérez Mujica, discípula que había sido de aquella otra ilustre pedagoga, aquí tan conocida y aplaudida, señorita Mercedes Limardo, y quien me ayudó luego en mi prolongado laborio educativo del Colegio Sucre, siendo reconocida por la generalidad de mis alumnos que, agradecidos a la inteligente cooperación de ella, de manera espontánea no vacilaron en confirmarle el glorioso título y nobilísimo renombre de **Maestra**". (Discurso del Dr. Núñez Ponte al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Carabobo, en Valencia, el 21 de mayo de 1960. **Homenajes**, cit., pág. 68.)
- (7) **Homenaje**, cit., página 7.
- (8) **Homenaje**, página 15.
- (9) Según tradición oral del propio Dr. Núñez Ponte, relatada a su discípulo Andrés Hermoso Ibarra.
- (10) **Homenaje**, páginas 11-12.
- (11) Es un verdadero tesoro ese libro, escrito todo de su puño y letra, para darlo como obsequio de navidad a los hijos de su discípulo Hugolino Hernández en 1958.

- (12) Núñez Ponte, **A través de un siglo** (1908). Caracas, Tipografía Americana, 1946, págs. 32-33.
- (13) **V. La juventud de San Agustín y la juventud moderna**, conferencia en ocasión del XV Centenario de la muerte del santo, Caracas, 1930, y **San Agustín faro gigante de la cultura**. Edime, Caracas-Madrid, 1956 (61 páginas). Promovió también un homenaje a Balmes, en el Centenario de su nacimiento (V. Colegio Sucre - Homenaje a Balmes, Emp. El Cojo, Caracas, 1911.)
- (14) **Estudio crítico-biográfico del Dr. José Gregorio Hernández**. Caracas, Tip. Vargas, 1924; 2ª edición, 1944; 3ª edición, 1958.
- (15) **San Francisco de Asís, Patrono Universal de la Acción Católica**. Caracas, Editorial Venezuela, 1945; 2ª edición: Buenos Aires, ediciones Pax et Bonum, 1945; 3ª edición: Caracas, Imprenta Nacional, 1952. El párrafo citado en el texto está en la pág. 4 de la 3ª edición.
- (16) **Homenaje de cariño a la venerada memoria de la Madre Isabel, Fundadora de la Congregación de las Hermanas Franciscanas del Corazón de Jesús (1890-1940)**. Caracas, 1940.
- (17) **Un gran carácter**. Tributo a la memoria del Ilmo. Sr. Dr. Juan Bautista Castro en el primer aniversario de su muerte. Caracas, Emp. El Cojo, 1916.—**Nuestro Gran Apóstol**. Biografía de Monseñor Juan Bautista Castro. Caracas, Editorial Bolívar, 1939.—**A la memoria del Arzobispo Castro**, Tipografía La Nación, Caracas, 1947. El dato sobre el ejercicio de la secretaría de Monseñor Castro por el Dr. Núñez Ponte puede verse en su discurso al recibir el doctorado honorario en la Universidad Católica Andrés Bello, 29 de noviembre de 1960. **Homenajes**, cit., pág. 105.
- (18) **Nuestro óptimo prelado**, Guevara y Lira. Caracas, Imp. de la Religión, 1895.
- (19) Discurso en el Asilo de Huérfanos, el 24 de julio de 1930 (revista "Génesis", año II, N° 5, Caracas, agosto de 1930). **Carlos Borges - Páginas Perdurables**. Compilación y prefacio del Dr. J. M. Núñez Ponte, Director de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española. Caracas, 1955.
- (20) **Discurso como Secretario General del Congreso Eucarístico Internacional**, primero de la América española, en la última asamblea pública, el 31 de diciembre de 1907. Caracas, Imp. Nacional, 1908.—**La religión y el patriotismo**, discurso en la sesión de clausura del Congreso Mariano de Valencia. Caracas, Emp. El Cojo, 1910.—**Cuarto Centenario de la Fundación de Coro**, reseña de las actividades del Congreso Mariano. Caracas, Tip. Vargas, 1928.—**María, el mejor lazo de unión**, Tercer Congreso Mariano Nacional y coronación de la Virgen de Chiquinquirá. Maracaibo, 1942.
- (21) **Discursos del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Fernando Cento**, y del Dr. J. M. Núñez Ponte, el 9 de octubre de 1927, en el Templo de La Merced. Caracas, Tip. Americana, 1927.—**Homenaje de Venezuela en el X Aniversario de la Coronación de S. S. Pío XI**. Caracas, Edit. Sur-América, 1932.—**El Papado, admirador fiel y dispensador celoso de los beneficios de la Redención** (trabajo premiado) en "Homenaje de Amor y veneración tributado por Venezuela Católica al Sumo Pontífice Pío XI en el XII Aniversario de su coronación", Quinto Concurso de la Nunciatura promovido por S. E. Mons. Fernando Cento. Editorial Venezuela. Caracas, 1934, páginas 24-42.—**El brillante disco de los Píos**. Caracas, Escuelas Gráficas Salesianas, 1943.
- (22) **Importancia cultural del castellano**, discurso de recepción en la Academia, 3ª ed., Caracas, Tip. Central, 1937, págs. 37-39.
- (23) **A través de un siglo**, cit.
- (24) V. p. ej.: **Ofrenda a la Patria**. Caracas, Tip. Americana, 1911.—**El ideal pedagógico del Libertador**, discurso en la clausura del Congreso Bolivariano. Caracas, 1940.—**Discurso en el Centenario del Traslado de los Restos del Libertador**. Caracas, Tip. Lit. Offset, 1942.—**El amor, base de la obra de Bolívar**, palabras radiodifundidas el 3 de diciembre de 1952. Cromotip, Caracas.—**El Sol de América en su ocaso**, disertación en la Sociedad Bolivariana el 17 de diciembre de 1952. Caracas, Imprenta Nacional, 1953, publicación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
- (25) **En Honor de Sucre**, Homenaje del Colegio Sucre de Caracas, Edit. Guttenberg, 1930.
- (26) **V. Memoria de la Semana de Bello**, ofrenda del Colegio Sucre para el año CL del nacimiento de Andrés Bello, Emp. Guttenberg, Caracas, 1931, 82 p. Entre otros trabajos suyos sobre Bello no debe olvidarse su importante **Discurso en la Junta Pública de la Academia celebrada para coronar el certamen promovido con ocasión del Centenario de la Gramática**, Edit. Bolívar, 1947. V. igualmente: **Andrés Bello: Maestro del Idioma**, artículo en "El Universal". Caracas, 10 de junio de 1931.
- (27) **Rafael María Baralt: celador diligente de los tesoros y ritualidad de la lengua**. Caracas, Tip. Vargas, 1958.
- (28) **Conferencia en el acto celebrado por el Colegio Sucre con ocasión del Centenario de Don Cecilio Acosta** (3 de febrero de 1918). Caracas, Tip. Vargas, 1920. V. igualmente su prólogo a la obra de Virgilio Tosta, "Unidad del pensamiento de Don Cecilio Acosta a través de sus cartas", Avila Gráfica, Caracas, 1951.
- (29) Entre ellos, la "Gramática y Diccionario de la Lengua Pemón", por el P. Cesáreo de Armellada, Caracas, Artes Gráficas, 1943-1944; los "Estudios Crítico-Literarios" del P. Pedro P. Barnola, Ed. Cecilio Acosta, Caracas, Impresores Unidos, 1945, y "El Educador de Hoy frente a los Problemas Sociales", por el Hermano Pedro Bertín. Caracas, Librería Escolar, 1951.
- (30) **Venezuela literaria a Cervantes**, Recopilación hecha por el Dr. J. M. Núñez Ponte, Director de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española. Caracas, Tip. La Nación, 1948.
- (31) Dirigió entre los años 1935 y 1943 la revista **Cultura Venezolana**, publicación que fundara el Dr. José A. Tagiaferro, aunque el nombre se cambió por el de "Cultura Nacional" (Información de su discípulo y colaborador J. A. García Osés). En el Boletín de la Academia de la Lengua hay, también, abundante material rudo y está patente su mano guiadora.
- (32) **Ensayo histórico acerca de la esclavitud y su abolición en Venezuela** (laureado en el certamen que promovió el señor Dr. Alejo Zuloaga, Rector de la Universidad de Valencia, con ocasión del centenario del General José Gregorio Monagas). Valencia, Tip. Chambon, 1895.—2ª edición: Caracas, Emp. El Cojo, 1911.—3ª edición: Caracas, Emp. El Cojo, 1954.
- (33) **Importancia cultural del castellano**. Discurso de recepción en la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española (Sesión del 21 de julio de 1931). Caracas, Tip. Universal, 1931. (3ª edición: Caracas, Tip. Central, 1937).—Además de los ensayos y textos citados, sin pretender una bibliografía completa del Dr. Núñez Ponte, convendría no olvidar: **La escasez de hombres y la decadencia de Venezuela**. Conferencia en el Liceo Sucre, el 19 de abril de 1909. Caracas, Imp. El Cojo, 1909. **Exposición** presentada por el Dr. J. Núñez Ponte, Director del Colegio Sucre, al ciudadano Ministro de Instrucción Pública. Caracas, Tip. Americana, 1909. **Dante, divulgador de conocimientos**. Conferencia leída por el Dr. J. M. Núñez Ponte, Secretario del Comité del VI Centenario de Dante en Caracas, el 14

- de septiembre de 1921, en la Sala Social del Diario "La Religión". Caracas, Imp. Bolívar, 1921.
Lección sobre el QUE. Caracas, Tip. Americana, 1950.
- (34) Discursos leídos en la recepción del Dr. Mario Briceño Iragorry. Academia Venezolana Correspondiente de la Española. Caracas, Parra León Hermanos, Editores, 1932.
- (35) Discursos leídos en la Academia Venezolana Correspondiente de la Española, en la recepción pública del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Don Nicolás E. Navarro, 8 de noviembre de 1939. Caracas, Editorial Taller de Artes Gráficas, 1933.
- (36) Discursos leídos en la recepción del Sr. Dr. Jesús Rafael Rísquez. Caracas, Tip. Americana, 1942.
- (37) Discursos leídos en la recepción del R. P. Pedro P. Barnola. Caracas, Tip. Americana, 1952.
- (38) Aristóteles: **Política.** Traducción de Julián Marías. Madrid, 1951, pág. 4.
- (39) Marco Tulio Cicerón: **Diálogos del Orador.** Traducción Menéndez y Pelayo. Emecé Editores, Buenos Aires, 1943, pág. 113.
- (40) *Ibid.*, pág. 97.
- (41) Edward Sapir: **El lenguaje.** Traducción de Margit y Antonio Alatorre. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1962, pág. 30.—"Podrá haber discusiones en cuanto a si las actividades que se realizan en una tribu determinada son merecedoras del nombre de religión o de arte, pero no tenemos noticias de un solo pueblo que carezca de lenguaje bien desarrollado. El más atrasado de los bosquimanos de Sudáfrica se expresa en las formas de un rico sistema simbólico que, en lo esencial, se puede comparar perfectamente con el habla de un francés culto."
- (42) Georges Gusdorf: **La Parole.** Colección "Initiation Philosophique". Presses Universitaires de France, 1966, págs. 56, 75, 92.
- (43) Luis Recasens Siches: **Sociología.** Editorial Porrúa. México, 1948, pág. 614.
- (44) "El habla familiar tiene sus propios fueros. No puede ser incolora, inodora e insípida. Tiene que ser rica, emotiva, evocativa, familiar". **El Castellano de España y el Castellano de América.** Cuadernos del Instituto de Filología Andrés Bello. Caracas, 1962, pág. 46.
- (45) Obras Completas de Andrés Bello. Volumen IV. **Gramática Castellana.** Caracas, 1951, página 11.
- (46) **Traité de Sociologie,** publié sous la direction de Georges Gurvitch. Presses Universitaires de France, Paris, 1963, tomo II, páginas 263, 277. (Problèmes de la Sociologie du Langage, par Georges Granai.)
- (47) Karl Vossler: **Sociología del lenguaje.** Ensayos. Los límites de la Sociología lingüística. Traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida. Editorial Losada. Buenos Aires, 4ª edición, 1963, pág. 242.
- (48) "Los españoles e hispanoamericanos de hoy podemos llamar castellano a nuestro idioma como si fuera su nombre propio, sin necesidad de llenar su sentido como cosa peculiar de Castilla; la idea del origen castellano del castellano es entre nosotros una explicación todo lo obvia que se quiera, pero lo es de orden escolar, y no entra como elemento en su contenido mismo de significación; si un hispanoamericano dice que ha leído un libro en traducción castellana, o que en su viaje por Alemania pudo hablar con mucha gente en castellano, piensa íntegramente en su propio idioma materno, como lengua vigente en la comunidad de que él forma parte, sin añadir una referencia mental a que tal idioma se fraguó hace mil años en Castilla. Así ocurre también entre los regionales españoles, bilingües o no, ahora que Castilla como entidad no es más que un recuerdo histórico; pero cuando Castilla era una poderosa fuerza histórica en actuación, no se podía pensar "castellano" sin pensar "lo de Castilla", con la limitación consiguiente." (Amado Alonso, **Castellano, Español, Idioma Nacional,** Historia Espiritual de tres nombres. Ed. Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1938, pp. 60-61.)
- (49) Mariano Picón-Salas: **De la Conquista a la Independencia,** Tres Siglos de Historia Cultural Hispanoamericana. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, págs. 13-14.
- (50) Amado Alonso: **Castellano, Español, Idioma Nacional,** págs. 178-179.
- (51) "Las voces indígenas incorporadas al español de Venezuela tienen uso frecuente en el lenguaje familiar y aun invaden el estadio de las letras." Lisandro Alvarado. **Glosario de Voces Indígenas de Venezuela.** Obras Completas de Lisandro Alvarado, volumen I, Caracas, 1953, págs. 3-4.
- (52) "En las actividades del espíritu (el lenguaje es una de ellas) no hay líneas rectas de dirección, sino siempre quebradas y sinuosas. La separación que media entre el español culto común, representante de la unidad, y el español popular de las varias regiones, representante de la diversidad, no puede simbolizarse en la creciente divergencia cuya diferencia llegue a ser tanta que el español literario quede ininteligible para el pueblo, sino que debe figurarse por dos líneas ondulantes que caminan a la par en la misma dirección y cuyos altibajos tienden frecuentemente a la convergencia y se tocan muchas veces, sin llegar nunca a confundirse." (Menéndez Pidal. **La Unidad del Idioma.** Discurso de inauguración de la Asamblea del Libro Español. Madrid, Editorial Instituto Nacional del Libro Español, 1944.)
- (53) A. Rosenblat: **El Castellano de Europa y el Castellano de América,** pág. 42.
- (54) Núñez Ponte: **Andrés Bello, Maestro del Idioma.**
- (55) Amado Alonso: **El problema de la lengua en América.** Espasa-Calpe, Madrid, 1935, págs. 58, 188.
- (56) Vicente García Diego: **Los malos y buenos conceptos de la unidad del castellano. La unidad suficiente del castellano.** (En "Presente y futuro de la lengua española", Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1946, vol. II, págs. 15, 11).
- (57) **Quijote, 2, XIX,** cit. de Avelino Herrero Mayor, **Presente y futuro de la lengua española en América,** ed. Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1943, página 34.
- (58) Obras Completas de Don Andrés Bello, volumen IV, Caracas, 1951, **Gramática,** págs. 11-12.
- (59) *Ibid.*, pág. 9. Bello sostuvo que "son las lenguas como cuerpos organizados que se asimilan continuamente elementos nuevos, sacándolos de la sociedad en que viven, y adaptándolos bajo la forma que es propia de ellas a las ideas que en ésta dominan, renovadas incesantemente por motivos exteriores, como la atmósfera de que los vegetales se alimenta." (O.C., volumen V, Estudios Gramaticales, Caracas, 1951, págs. 187-188: Juicio sobre el "Diccionario de Galicismos", de Baralt.)
- (60) Menéndez Pelayo: **Antología de Poetas Hispanoamericanos,** 1893. pág. CXXVIII.
- (61) Rufino José Cuervo: **El Castellano en América.** Volumen antológico publicado

- bajo la dirección de Luis Alfonso. Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1947, páginas 91-92. "Si es cierto —añade— que en los siglos que han corrido de la conquista acá, ha padecido el castellano fatal evolución, en España como en América; que esa evolución no ha sido uniforme en todos los dominios de la lengua, de suerte que no es idéntica el habla de ningún estado americano a la de la que fue metrópoli; que entre esos mismos estados existen diferencias notables, que indudablemente irán acrecentándose gracias a la poca comunicación recíproca y a la influencia que tienen las capitales para constituir centros lingüísticos, uniformando los usos y fórmulas de su propio territorio; si es cierto que la lengua literaria es creación más o menos artificial que oculta las peculiaridades locales, y que el día en que difiera considerablemente de la lengua hablada, sería insuficiente para su objeto; si todo esto es cierto, ¿cabe en lo posible que corra el castellano la suerte del latín? Teóricamente, la respuesta debe ser afirmativa. Falta saber los siglos que serán necesarios para llegar ese punto, y las circunstancias históricas que lo apresurarán o lo retardarán." (Páginas 248-249.)
- (62) "El que haya cierto número de palabras propias de cada país para significar especiales y locales usos, costumbres, producciones naturales, trajes, etc., no basta para explicar que vengan a nacer distintas lenguas. Acaso para entender las narraciones de Pereda, el más español y el más castellano de nuestros novelistas, se requiera más glosario que para entender el *Nastasio* o cualquiera otra narración argentina. Y no por eso teme nadie entre nosotros que en la Montaña, en Santillana o en Santander, en la patria del mismo Pereda, de Amós Escalante y de Menéndez Pelayo, salgan hablando, el día menos pensado, un idioma distinto." (Juan Valera, *Sobre la duración del habla castellana*. Artículo publicado en "El Imparcial", de Madrid, el 24 de setiembre de 1900. Recogido en "El Castellano en América", cit., págs. 42-43.) "Un pueblo no cambia de lengua con la rapidez y facilidad con que cambia un hombre de camisa", decía el mismo Valera en carta a La Tribuna, de México, 31 de agosto de 1902 (ibid., pág. 97).
- (63) Henri Lefebvre: *Le langage et la société*, ed. Gallimard, París 1966, Collection Idés, pág. 9.
- (64) Gastón Carrillo Herrera: *Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispánica*. Factores Externos. En "Presente y Futuro de la Lengua Española", cit., vol. II, págs. 28-29.
- "Entiéndase bien —expresa el autor citado— que hablo de una unidad cultural, espiritual e histórica, y no de unidad política, que es el único tipo de unidad que se permiten ver quienes sólo atienden a la superficie de las cosas... No sólo el origen común, el desarrollo y los problemas que deben resolverse comunes, la existencia de una lengua fuertemente unitaria, hacen patente la unidad espiritual de Hispanoamérica. Ella también se refleja en otros aspectos, por ejemplo, en la unidad conceptual del arte y la literatura hispanoamericanos."
- (65) Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*. Tomo II. Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, pág. 21.
- (66) Lefebvre, ob. cit., pág. 174.
- (67) "El Castellano tiene una contextura fonética y gramatical sobradamente firme para resistir la invasión léxica extranjera sin desnaturalizarse." Samuel Gili Gaya: *El lenguaje de la ciencia y de la técnica*. En "Presente y Futuro de la Lengua Española", cit., vol. II, pág. 269.
- (68) J. M. Núñez Ponte, en "Andrés Bello, Maestro del Idioma" (artículo citado). "Hoy vemos la evolución del lenguaje como un rasgo de su esencia", dice Amado Alonso. "Sólo los idiomas muertos dejan de cambiar. Pero cambiar no es necesariamente corromperse y disgregarse. Un idioma puede cambiar en ascensión, en creciente perfección de su estructura hacia una mayor dignidad y hacia la alta nivelación de sus variedades regionales." (Castellano, *Español, Idioma Nacional*, págs. 67-68, nota 2.)
- (69) Dámaso Alonso: *Para evitar la diversificación de nuestra lengua*. En "Presente y Futuro de la Lengua Española", vol. II, pág. 261.
- (70) Gili Gaya: *El lenguaje de la ciencia y de la técnica*, en "Presente y Futuro de la Lengua Española", cit., pág. 275.
- (71) "Frente a la diversidad inevitable del habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad que me parece mayor que la del inglés de los Estados Unidos o el portugués del Brasil, con respecto a la antigua metrópoli: unidad de estructura gramatical, unidad de medios expresivos. Y en la medida en que la lengua es —según la fórmula de Guillermo de Humboldt— el órgano generador del pensamiento, hay que admitir también una unidad de mundo interior, una profunda comunidad espiritual." (Angel Rosenblat. *El Caste llano de España y el Castellano de América*, cit., pág. 46.)
- (72) Ramón Menéndez Pidal: Discurso citado sobre *La Unidad del Idioma*. "Un cambio fonético, abandonado a las fuerzas dispersas y desarticuladas que luchan en la comunidad hablante, suele tardar muchos siglos en generalizarse, pero ayudado por los medios de difusión actuales, encauzado y apoyado por un impulso social reflexivo, puede hacer su camino bastante rápidamente. Así el futuro del idioma, en vez de amenazado por la negra nube de la fragmentación, lo prevemos llegar a una más perfecta unificación que ahora logra."
- (73) José Ortega y Gasset: *El hombre y la gente*. "Obras inéditas de Ortega y Gasset", Revista de Occidente, 2ª ed., Madrid, 1958, pág. 280.
- (74) Un ejemplo de la fuerza de Bello para corregir hábitos inconvenientes lo presenta el propio Menéndez Pidal recordando su censura del uso del *vos* y la recomendación del *tú* y del *usted*. "Ochenta años habían bastado para traer a la uniformidad un uso de los más difíciles de mudar, porque se extiende a todo el trato social de cada instante, y porque su alteración conmueve las fibras más sensibles de la intimidad familiar." (*La Unidad del Idioma*, discurso citado.)

**CONTESTACION DEL ACADEMICO
DON FERNANDO PAZ CASTILLO**

Pocas cosas podría decir aquí en elogio del doctor Caldera que no fuesen de suyo conocidas. El ilustre ciudadano que, para satisfacción de todos, se incorpora hoy, como Individuo de Número, a la Academia de la Lengua, es, por sus grandes virtudes, morales e intelectuales, uno de los de mayor entidad dentro del ámbito de la vida nacional y de más dilatada fama en el extranjero. Bien está, por lo tanto, en la silla que honrara de su presencia el sabio y recordado doctor Núñez Ponte.

Su nombre, como político, como escritor, como jurista, día a día aparece amparando artículos de mérito reconocido en la prensa de la capital. Y su voz llena, con íntima sabiduría generosa, ya la cátedra, ya la tribuna pública.

Periodista, escritor y maestro. Mantiene así la tradición de don Andrés Bello. Padre éste de tantas cosas nobles por las que somos hijos suyos, y de don Cecilio Acosta, de ancho decir castizo, y de don Juan Vicente González, si bien es cierto que el espíritu vigilante del doctor Caldera siempre rehuye, para bien suyo y de su obra, aquella parte del genial polemista y mágico dueño de la palabra hiriente, que parecía no avenirse, en veces, con el sano equilibrio de la mente.

La alta personalidad del doctor Caldera, pacientemente forjada a esfuerzos propios desde la infancia por una disciplina severa, la he venido observando ha tiempo ya, de cerca y de lejos. De cerca, porque así afortunadamente lo han querido las circunstancias. De lejos, porque también lo han querido así, a causa de mis frecuentes ausencias del país. Pero la distancia es siempre propicia para abarcar mejor el panorama. Y es la síntesis de estas lejanías y aproximaciones cordiales, puesto que son motivos principales de mi presencia en esta tribuna, y en ocasión parecida que me llena de orgullo, lo que voy a aludir, fiel, como siempre lo he sido, a la célebre sentencia, según la cual vivir es también recordar.

Tuve noticias del doctor Caldera desde su juventud; ya celebrado entre sus compañeros, por aquellos días, ahora lejanos de 1935, cuando todavía estudiante, con precoz impaciencia vigilada, lanzó su primer libro acerca de don Andrés Bello. Un trabajo muy bien documentado y, sin embargo, lleno de frescura.

Bastó esto para que el incipiente autor, a quien no conocía personalmente, atrajera mi atención, como la de todos entre los que se ocupaban de Bello entonces. Y algo más, para que se produjera de inmediato, en torno suyo,

uno como sentimiento afectuoso de mi parte. El cual fue creciendo con las noticias que de su lado me llegaban. Y sobre todo cuando supe los nexos que le unían al doctor Tomás Liscano, viejo amigo mañanero y consuetudinario por las esquinas de San Jacinto, Las Gradillas y Sociedad. Amigo de charlas aromadas con la pimienta de un dicho oportuno, de pies sobre la ancha acera acogedora, o al rescoldo de una deleitable copa de jerez.

El joven estudiante me sorprendió, lo he manifestado en varias oportunidades, y asimismo sorprendió a muchos. No era entonces frecuente, a su edad, ocuparse con tanto ahínco y reflexión, como lo había hecho, de la obra de nuestro gran humanista. Y toda buena sorpresa, justo es señalarlo, abre un ancho camino hacia el futuro. Su ínsita generosidad tiende a convertirla en admiración. Que lo es de cierto si ella luego no nos defrauda en su carrera. Y es así como admiramos en la madurez con sentimiento amoroso, doblado de nostalgia, aquello que nos atrajo o deslumbró en las mocedades.

El mundo del espíritu no tiene fronteras. Pero parece que intencionada mano furtiva lo dirige. En Londres, por los alrededores de 1940, atrajo de nuevo mi atención otro libro del doctor Caldera. Un grueso volumen, cuyo título es "Derecho del Trabajo". El cual, de entonces acá ha recibido los mayores elogios de autoridades en la materia, dentro y fuera del país. Y fue aquel un nexo vivo con la patria distante; con la juventud de la patria, fresca y llena de futuro, en momentos apretados de preocupaciones.

En seguida supe por el doctor Atilano Carnevali —quien bien pudiera ser, por lo hermoso de su estilo y amor al lenguaje, miembro de esta Academia— que el talentoso joven, orador disertado y abogado en camino de un gran prestigio, era también político. Y que, como tal, en los centros juveniles granjeaba fama por su decisión y valentía en el arduo terreno de las luchas ciudadanas.

De aquí en adelante lo perdí de vista. Pocas cosas de Venezuela y del mundo, que no fuesen noticias de guerra, nos llegaban entonces. Pero con frecuencia se hablaba de él, entre nosotros, con fervor de futuro.

Pasaron algunos años. Los años no corren sin dejar huellas, buenas o malas. Esto es lo que suele llamarse madurez. Cosa que algunos aman. Y casi todos generalmente temen. Vine a Caracas. Y en esta oportunidad visité su casa. Una casa acogedora. Ni grande ni pequeña. Hacia el fondo de la entrada, en una salita íntima, se veía un arpa dorada y en la pared principal un retrato de don Andrés Bello. Un símbolo de vida sosegada. El arpa muda, pero que un día acariciaron, según supe de inmediato, las manos de la novia, significaba la presencia de un pasado lisonjero. El retrato de Bello, con la placidez de su sonrisa en todo el rostro, mansa luz sobre muchas tempestades, el triunfo sobre sí mismo, de un hombre honesto en su vida y en su obra. De un hombre elegido como maestro. No hay duda: las cosas también hablan.

Pasaron más años. Regresé de nuevo a la patria y de nuevo encontré al doctor Caldera. Pero señoreaba ya los terrenos que se proponía recorrer: el derecho, la política y el dominio de la obra de Bello, a la que cada vez se acercaba con mayor afecto.

Volví a visitar su casa. Esta vez en relación con el volumen de poesías, que había de prologar yo, primero de las Obras Completas del autor de las "Silvas" y maravilloso traductor de "La Oración por Todos", de Víctor Hugo, que tanto hemos dicho desde la infancia hasta hoy, sin que sus versos, por la repetición, dejen de parecernos hermosos.

Todo igual en la casa, pero los hijos más grandes y afectuosos. Y esto plació a mi espíritu. El hombre público vale también mucho por cuanto es en su vivir íntimo. Y porque el sentimiento cuenta como el intelecto para formar la calidad. Ya Unamuno dijo, con pascalianos rebordes en sus palabras sabias, "piensa el sentimiento, siente el pensamiento", y yo añadido: entendiéndose ambos, aun cuando tengan razones que ninguno de los dos alcancen.

Con estos antecedentes, apoyado en tan excelente maestro, según propia confesión, ha llegado el doctor Caldera a esta Academia, que ufana lo recibe por su valiosa labor. Dentro de ella el indiscutible mérito de aquel libro primero suyo sobre Andrés Bello. El cual cuenta ya cuatro ediciones, hasta la última que tengo a la vista, del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. En la portadilla interior dice "puesto al día". Palabras que revelan el interés perseverante del autor por su obra. Y tiene que ser así. Porque este libro de juventud y madurez a un mismo tiempo, es como un itinerario espiritual e intelectual de su autor, trazado con pulso firme desde las primeras inquietudes de la adolescencia. Y no sólo pensando en lo que a su propia conducta se refiere, sino también con la mente puesta en los estudiantes de Venezuela, y en los de América toda, ya que somos hijos de un Continente, que en su mayoría tiene un mismo idioma y, de consiguiente, idénticas preocupaciones en materia de lenguaje.

Y es lo que expresa el doctor Caldera, con firmeza de criterio, en el capítulo VII, del libro a que me vengo refiriendo: "América —dice—, nuestra América mestiza, busca hoy con redoblada fe su camino. Entiende que su mestizaje redentor (cabal sólo cuando se valorizan íntegramente los diversos aportes culturales y no cuando se les regatean méritos a los unos a expensas de los otros), y su peculiar ubicación geográfica, exigen una especial postura ante la vida. En el arte, en la literatura, en la concepción del derecho y en la elaboración de las leyes; en la conservación, transformación y encauzamiento del idioma; en la construcción de sus sistemas pedagógicos, como en todos y en cada uno de los aspectos de la vida y en todos y cada uno de los predios que Bello cultivó, los americanos estamos tratando de descubrir lo propio para afianzar sobre cimientos sólidos el primado de nuestro destino".

Fácil es ver, sin mucho esforzarse para ello, cómo en este párrafo trasciende, desde temprano, la conducta que ha seguido el pensamiento del autor hasta la fecha. Y esto al punto de que muestra ya en apretada síntesis, todo cuanto brillantemente ha expuesto en el discurso que acaba de pronunciar. El cual es testimonio fiel de la consecuencia de un intelectual, a pesar de todas sus inquietudes, con su propia conciencia. Con su propia obra y con sus propias esperanzas.

Es por lo anteriormente expuesto por lo que digo que el sabio don Andrés Bello, que tanto amamos, ha sido su guía espiritual. Por eso mismo pienso que, felizmente, para regocijo de su vida futura e importancia de su obra —de la obra que está llamado a realizar—, lo seguirá siendo. Y no puedo engañarme. En las mismas palabras que se le acaban de oír, el doctor Caldera muestra su admiración y su fervor hacia Bello.

Y me confirman en lo dicho, frases como la siguiente, frecuentes en sus estudios: “Los americanos estamos tratando de descubrir lo propio para afianzar sobre cimientos sólidos el primado de nuestro destino”.

El primado de nuestro propio destino, el cual nos viene de lejos, y con el nuestro es el de muchos dentro de la cultura universal. Por lo que para mejor entendernos, y para que mejor nos entiendan en el orbe español, necesitamos hablar bien. Esta lección la dio, cosa curiosa, si se piensa en Castilla, el sevillano Antonio de Nebrija (según se ha dicho, castellanizado y universalizado en su tiempo, como en nuestros días Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez), en los albores del Renacimiento. Y entre nosotros la recoge y difunde Bello en el lindar de nuestra propia universalidad. Y esto nada tiene de raro. El lenguaje siempre ha sido preocupación de los hombres en los grandes períodos históricos. Así lo comprueba la presencia, en la Francia renacentista, del libro “Defensa e Ilustración de la Lengua Francesa”, de J. du Bellay; y en la misma Francia de la Revolución, el de Rivarol, titulado “De la Universalidad de la lengua Francesa”.

Y luego añade el doctor Caldera, con espíritu ecuánime y devoción manifiesta, como que ha aprendido a dominar con el ejercicio de la vida los encendidos fervores de la juventud: “Bello ofrece en cada uno de esos campos, la intuición y la idea de una orientación americanista. Ancha y generosa, sin mezquindades impurificadoras. Consciente y genuina, sin desconocimientos suicidas. Su obra, desde luego, hay que estudiarla en función de su tiempo”.

Acuerdo crítico éste, que lejos de disminuir a Bello —como a primera vista pudiera parecer—, lo realza. Porque el tiempo de un hombre como Bello, visto por otro hombre de la calidad del doctor Caldera, es todo cuanto se recibe, pero también todo cuanto se incorpora en el ancho cauce de la cultura. Y la cultura es herencia. Herencia, en nuestro caso, inmediata o lejana, pero desde luego modificada por el influjo de la vida. La nuestra. Caracterizada por nuestra democracia genuina. Pues si es cierto que en muchas oportunidades ha flaqueado en su forma política, no lo es menos, y esto debe consolarnos de lo otro, que en su forma social podemos servir de ejemplo a muchas naciones aun del Continente Americano.

Hay que proyectar en el mundo de la perennidad, afirma el doctor Caldera, la obra de Bello, el sabio por excelencia de América. Vale decir: la perennidad del lenguaje que propugnó. Esto es, un lenguaje correcto pero liberal, hijo también de la democracia que caracteriza nuestra vida, pero sin chabacanerías, como tendrá que ser la democracia misma, cuando haya evolucionado más la cultura de nuestro pueblo, de suyo inteligente, lo que permite no abrigar temores sobre el particular.

Y ello lo dejó escrito el notable maestro en su discurso pronunciado con motivo de la instalación de la Universidad de Chile, en 1843. Como se verá, sus palabras fueron una sana advertencia a las jóvenes generaciones de América en momento oportuno, pues lo reclamaban las circunstancias, como que era el umbral de una época, que asomaba al mundo civilizado, al mundo que hablaba con donosura y pulcritud, la vida urgida de nuevas naciones.

En efecto, dijo: “Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio.”

Estos son los mismos puntos de vista que en la materia sostiene el doctor Caldera en su discurso. Los únicos que en realidad permite el lenguaje, y que no se pueden desechar, a menos de ir ilógicamente contra su vida y contra la vida de su literatura. Porque difícilmente podría hacerse una gran obra con un idioma muerto.

La perennidad de Bello, que con tanto acierto reclama el doctor Caldera a los indiferentes y sustenta en los devotos, es razón, ya inmanente, puede decirse, de lo que tenemos que considerar ahora, como original en nuestra literatura.

Hace algún tiempo dije que Bello era el primer clásico americano. Es preciso definir su personalidad al respecto. Porque, con relación a la cultura universal, es un neoclásico. Pero, en lo que atañe a la nuestra, un clásico: un revolucionario, en una palabra, un creador. Y esto lo resume el doctor Caldera, en su libro, de que vengo hablando, en la forma siguiente: “Bello fue maestro ejemplar, pedagogo de elevados conceptos, jurista creador, legislador de pueblos jóvenes sin perder de vista su medio social, ágil y sutil formulador de los principios que deben regir nuestra vida jurídica internacional; poeta de alto vuelo, pero sobre todo de denso espíritu y aquilatada forma; esteta de principios, crítico magistral, filólogo audazmente revolucionario, con el bagaje de erudito conocimiento y depurado estilo. Filósofo, historiador, sociólogo, periodista, todo lo fue Bello, a medida que las necesidades sociales lo exigían; todo ello en una forma humana, no exenta de deficiencias y de errores, pero que sería sacrilegio invocar ante la inmensidad de su obra; todo, en una forma admirablemente equilibrada y superior”.

Muy alto habla de la ecuánime mentalidad del doctor Caldera el párrafo anterior. En él hay devoción y respeto. Y por respeto mismo, alude a lo que puede haber de fallas en tan amplia actividad intelectual y humana, como lo fue la del sabio maestro. Tal vez hoy, cuando todo es especializaciones, no pueda concebirse una figura como la suya. Sin embargo, corresponde a su época. Por esto es certero el doctor Caldera cuando dice, con todo fervor, que hay que juzgarlo dentro de ella.

Pero, de este Bello enciclopedista que presenta el doctor Caldera, el que mayor interés tiene para mí ahora es el gramático, el crítico, el defensor del idioma, en relación con todas las actividades de la inteligencia.

Y para mí, en donde expone Bello con mayor claridad su pensamiento crítico por lo que respecta a los clásicos, a sus contemporáneos, y a su posición entre unos y otros, es en su juicio sobre las obras poéticas de don Nicasio Alvarez Cienfuegos, escrito por el año de 1823, cuando lejanas brisas de romanticismo comenzaban a invadir a España. He aquí unos párrafos que dicen mucho sobre el particular:

“Los antiguos poetas castellanos (si así podemos llamar a los que florecieron en los siglos XVI y XVII) son en el día poco leídos, y mucho menos admirado quizá porque sus defectos son de una especie que debe repugnar particularmente al espíritu de filosofía y de regularidad que hoy reina, y porque el estudio de la literatura de otras naciones, y particularmente de la francesa, hace a nuestros contemporáneos menos sensibles a bellezas de otro orden.”

Aquí vemos a Bello preocupado porque no se lee a los clásicos, pero al mismo tiempo aduce, como explicación de la indiferencia, las razones por las cuales no se frecuentan. Y las razones son, el orden que reinaba, contrario al espíritu de los antiguos (es bueno observar que Bello no dice clásicos), y las inquietudes que despiertan otras literaturas del momento.

Prueba ésta de que en América el hombre de toda época ha vivido más del presente, que lo nutre, que del pasado, el cual instintivamente rechaza. Tal vez por la conciencia que tiene, infusa en lo más íntimo de su sentimiento, de que su destino de pueblo joven está todo, puede decirse, en su marcha hacia adelante. Y esta idiosincrasia tampoco se puede negar al idioma. Necesariamente tenemos que hablar, y escribir, si humanamente escribimos, como somos.

Bello, el “filólogo audazmente revolucionario”, como dice el doctor Caldera; el hombre que ha elaborado su propia cultura, bajo severas disciplinas intelectuales, confiesa con toda sinceridad, revelando la amplitud de su pensamiento al punto de escribir, y con pleno dominio del valor de sus palabras en el destino intelectual de América: “Nosotros estamos muy lejos de mirar como modelos de perfección la mayor parte de las obras de los Quevedos, Lopes, Calderones, Góngoras, y aun de los Garcilasos, Riojas y Herreras.”

Pero, aun cuando no los considera como modelos de perfección, puesto que son los suyos los latinos —Horacio y Virgilio—, y quizás algunos extranjeros, su afición se inclina sobre todo hacia Garcilaso y Herrera, por ser estos los más moderados.

No obstante lo expuesto, afirma, inducido por un sentimiento de justicia, el cual es como una espontánea rectificación, propia de la naturaleza de un hombre que, como lo he señalado, tiene tan hondo, tan vivo, tan generoso sentido de humanidad.

“No temeremos decir, con todo, que, aún en aquellas que abren ancho campo a la censura (las dramáticas, por ejemplo), se descubre más talento poético que en cuanto se ha escrito en España después acá.”

Se descubre aquí el escritor inconforme con algunos aspectos de la época y amoldado a otros. El romántico tímido y el neoclásico amplio. Pero, sobre todo, el que no estaba en desacuerdo con la retórica de entonces, si bien, como hombre nuevo de América, la entiende con promisoría liberalidad. Lo que fácilmente puede interpretarse en esta frase suya: “Juzgando por la impresión que hace en nosotros la lectura, diríamos que en los antiguos hay más naturaleza, y en los modernos más arte”. Queda, pues, definido el neoclásico, ya con una ventana entreabierta hacia el Romanticismo.

Claro que me he alejado un poco del doctor Caldera. Lo he hecho adrede, porque alejándome por entre el pensamiento de Bello, que en materia de lenguaje ha hecho él su guía, penetro más, a juicio mío, al menos, en el espíritu de su excelente discurso. Singularmente en el espíritu del siguiente párrafo que acaba de pronunciar, para satisfacción suya, ya que le sobran razones para que se le reclamara en la Academia. “Primeramente —dijo—, me ha movido el hecho de que la invitación se me hiciera dentro del año centenario de la muerte de don Andrés Bello, figura veneranda a la que he dedicado largas horas de meditación, de trabajo y de estudio. La recibí en el tiempo preciso en que me quejaba de que no fuera aprovechada esa histórica oportunidad para hacer una conmemoración trascendente, capaz de llevar la potencialidad ejemplar de aquella vida al alma de las nuevas generaciones, tan urgidas de motivaciones para la acción creadora. Veía desperdiciarse una hermosa ocasión, propicia para hacer inventario de lo alcanzado y de lo no logrado en la vida cultural de América Latina durante esos cien años en los variados campos que el talento de Bello trajinó”.

Como se ve, la presencia del doctor Caldera en la Academia de la Lengua está espiritualmente ligada a la figura magistral de don Andrés Bello. Ligada por el nexo del libro a que me he referido; ligada por su tenaz labor al frente de “La Comisión Editora de sus Obras Completas”; ligada por lo que siempre he manifestado, y ahora aún más ligada por el discurso de su incorporación, el cual es como un homenaje al insigne autor de la gramática, y guardián desde ésta de la lengua castellana. Y para confirmar todo lo anteriormente aducido, copio las siguientes palabras: “Y me animó la idea de recordar en mi discurso de incorporación lo que significó la lucha de Andrés Bello por la unidad del lenguaje en las nuevas repúblicas que fueron colonias españolas, para la integración latinoamericana”.

Yo siempre he tenido una gran admiración por las personas fieles a los ideales de su juventud. El hombre debe cambiar cuando lo exige el desarrollo de su inteligencia y de su sensibilidad. Pero lo fundamental, que ha constituido el origen de su propia cultura, debe permanecer. Proceder de otro modo es volver la espalda a lo más puro que podría conservar; es renunciarse a sí mismo en pos de halagos que poco pueden satisfacer. Por ello, la actitud del doctor Caldera respecto a Bello, en esta oportunidad, me emocionó al punto de que he querido mantener, como él lo ha hecho, la presencia del maestro de todos, directa o indirectamente, como un convidado de honor, en esta hora, entre nosotros.

Y del doctor Caldera son estas palabras escritas años ha, en el mismo libro, consagrado a la educación de los jóvenes, en el pensamiento de Bello: "Cerebro y corazón americanos, constituye con su vida y su obra un ejemplo magnífico, y con su pensamiento una admonición que resuena en nuestros oídos y en nuestra conciencia. Recogerlos, estudiarlos amorosamente, no es solamente honrarle: es honrarnos nosotros, hombres jóvenes de las nuevas promociones de América. Es recoger nuestro legado. Es asumir nuestra responsabilidad histórica para desempeñar la función que Dios y nuestras patrias —una sola en su alma y en su cuerpo— han echado sobre nuestros hombros".

Así habló aquel estudiante, con palabras parecidas a las de su discurso de hoy. Aquel estudiante que, al despuntar de su vida, no esquivaba sino que más bien pedía responsabilidades. La vida le ha dado muchas. Ha sabido salir airoso de ella. La vida le dará más; pero es de confiar en que, fiel a sus sentimientos y al maestro elegido, saldrá también con felicidad hacia adelante.

En fin, llegará un día, cuando ya los años hayan limado sus entusiasmos, cuando la vida que tanto otorga, le reclame. Y es de esperarse, dadas sus condiciones morales e intelectuales, que sabrá responderle: "He servido fiel a mi patria: Una sola en su cuerpo y en su alma".

El doctor Caldera, apoyándose en Cicerón, aunque de modo indirecto y a través del derecho, piensa que donde está la sociedad está el lenguaje. Por lo cual le da tanta importancia a la palabra dicha y a la palabra oída. Y al respecto, gran acuerdo muestra cuando escribe: "¡Cuántas veces, para dirigirnos a nuestros compañeros, tenemos que rechazar deliberadamente una expresión castiza, o aun la mera pronunciación cuidada, pues comprendemos que ella nos pondría a muchas leguas del corazón de los oyentes". Con lo cual expresa el doctor Caldera que el lenguaje es cosa viva. Viva y por ello hermosa. Y que vive y cambia como fenómeno inherente al hombre que lo habla y al hombre que lo escucha. En realidad, las palabras poco significan, si no son tierra y espíritu. Las palabras en desuetud son menos expresivas, aun cuando puedan contener bellezas añosas, que las colecciones de insectos. De allí que no es posible desdeñar una palabra, por nueva que sea, si expresa lo que el pensamiento o el sentimiento reclaman. Pero ya esto lo resolvió Bello, sin ponerse en contra de la realidad, ni sumarse a la indiferencia que concluiría por destruir el idioma, el vínculo material, y sobre todo, me atrevo a decirlo, espiritual, que une y da fisonomía firme y universal, dentro de su diversidad, a los varios pueblos de América, y del mundo, que hablamos español.

De todo esto trata el doctor Caldera con erudición, y con sensibilidad, es decir, sin pedantería, en su discurso. En veces con cierto temor, y siempre con esperanzas, porque el español es bello y no puede desaparecer. Su literatura clásica es rica, como para mantenerlo en pie, a través de todas las vicisitudes, y cada día aumenta con el aporte renovado siempre de la España solar, y de todos los países de América. Y, cosa rara en pueblos conquistados: América, desde temprano, lo habló con fidelidad y corrección. Y ello al punto

de que en poco tiempo dio hombres de lustre en la misma España. Y andando los años, con Bello, con Montalvo, con Cuervo, y sobre todo con Darío, se hizo a su vez conquistadora.

Y es de una riqueza incomparable, como puede verse tomando de ejemplo algunos escritores. Es ancho y vigoroso en Fray Luis de Granada; humilde y altivo en Cervantes; robusto y agudo en don Francisco de Quevedo; luminoso y manso en fray Luis de León; andariego por el cielo y por la tierra en Santa Teresa; rumoroso y nostálgico en Garcilaso; insinuante de oscuras claridades en San Juan de la Cruz; magnífico en Darío; reposado en *Azorín*; y nuestro, muy nuestro en Bello, en Díaz Rodríguez y en Gallegos.

El discurso del doctor Caldera que acabamos de oír es grande en el pensamiento, noble en la forma, profundo en intención. Sus palabras nos han hecho pensar, mientras se las oíamos, en cuanto tiene de noble el hombre con poseer un instrumento que lo acerca a los otros hombres, que le permite conocer el amor, el dolor y el temor del semejante, en fin, que conduce el alma devota a la intimidad de Dios.

La bienvenida que doy al doctor Caldera en nombre de todos y en el mío propio, es hija del afecto y de la admiración. Sólo siento, dados sus grandes merecimientos, no habérsela podido transmitir en la forma como lo hubiera querido la esperanza.

